

GERMINAL

JEFE DE REDACCIÓN: JOAQUÍN DICENTA

Madrid..... { Trimestre..... 2 pts
Año..... 7 —
Provincias.. { Trimestre..... 2,50 —
Año..... 9 —
Extranjero y Ultramar: Año, 15 pts.
Número suelto, 15 cts.—Atrasado, 50.
25 ejemplares, 2,50 pesetas.

HORAS DE OFICINA: DE 3 A 6.

Redacción: LIBERTAD, 29, Madrid.

NO SE DEVUELVEN LOS EJEMPLARES.

SUMARIO.

TEXTO.

Aviso importante.—Campoamor, Joaquín Dicenta.—*La ley del hambre* (dolora), R. de Campoamor.—*Cama núm. 1*, La Redacción.—*Legislación obrera*, A. de Santa Clara.—*Los segadores*, R. Sánchez Díaz.—*Otro atentado.*—*Germin!* (soneto), J. Jurado de la Parra.—*Rápida*, J.—*Práctica del socialismo positivista*, I. L. Lapuya.—*De Lira y Guitarra*, Salvador Rueda.—*El naturalismo español*, Ernesto Bark.—*Fiebre y vomito*, Ramiro de Maeztu.—*Soluciones*, Un entrometido.—*Las quintas*, Francisco Macein.—*El toque de misa* (poesía), Adolfo Luna.—*Un cobarde*, Juan Richepin.—*Anarquistas*, R.—*Díaz de Mendoza*.—*Algunas reglas de sociología positiva* (conclusión), Santiago Valenti Camp.—*Cosas*.—Baal, A.-F. Pisemsky (folletín).

GRABADOS.

Campoamor (retrato).—*Por terreno enemigo*, Marcelino de Unceta.—*Tienda-asilo*, Mateo Silvela.—*Jugadores de ajedrez*, Jiménez Aranda.—*Díaz de Mendoza* (retrato).

AVISO IMPORTANTE.

La Redacción y Administración de esta REVISTA, se han trasladado a la calle de la Libertad, núm. 29, donde se dirigirá toda la correspondencia.

SILUETAS DE CONTEMPORANEOS.

CAMPOAMOR.

El gran anciano, llaman los ingleses á Gladstone. A semejanza del insigne político, es Campoamor el gran anciano de la lírica española contemporánea.

Ninguno de los poetas vivos le iguala en grandeza, en verdad «verdadera», en sentimiento «sentido», en sacar por las puntas de la pluma, sin oropeles lingüísticos, sin frases rimbombantes, sin zarandajas de guardarropa, el jugo de su cerebro y los latidos de su corazón. Sus ideas caen sobre el papel, para que el público las goce, como las mujeres hermosas y honradas en el lecho para que las disfrute su amante, desnudas, sin más atavíos que los naturales; sin cuidarse de querer gustar; como las sorprende el deseo. La prostituta pone perifollos á su cuerpo en rifa, porque el lujo de los arreos hace subir el precio en la ganadería femenina, como en la caballar; la mujer enamorada, la que se entrega sin otra ambición que la de poseer y ser poseída, no se prepara, porque no puede prepararse, porque no sabe á punto fijo cuándo «va á ser.»

Esto le pasa á la musa de Campoamor; anda por el mundo del arte sin que le acompañe la retórica como una alcahueta, que á falta de bellezas substantivas, adjetiva la carne del común con todo linaje de decoraciones.

No pertenece Campoamor (qué va á pertenecer) al gremio de los alambicadores del párrafo, de los lambedores de la forma, de los estilistas purísimos que ahora se usan, y que pasan el tiempo preocupados con que su prosa no tenga dos proposiciones iguales, ni tres conjunciones seguidas, ni cuatro asonancias en veinte líneas, y sin ocuparse para nada en echar dentro de esas líneas ideas grandes, conceptos nuevos, sentimientos hondos... arte de alma y de pensamientos. Los constructores de jaulas doradas para grillos literarios, no tienen con Campoamor ningún parentesco.

El lenguaje de Campoamor no lleva más que un fin, conmover los sentimientos del público, meterle en el cráneo las ideas del poeta; no halagarle, herirle; no entretenerle, dominarle. Su estilo no es el estilo empalagoso y acariciador del parásito, es el estilo preciso y vibrante del amo. No pule sus frases para que adulen



el oído con vulgares cortesías rítmicas, las acera para que agarren bien y no suelten la presa después de agarrada. El león no afila sus uñas en cortinajes de seda, ni se lustra mimosamente la piel, ni suaviza con hipocresía el maullido. Eso está bien para los gatos. El león fortalece sus garras en la dura superficie de un peñasco, y sacude la melena revuelta y ruge; con ésto le basta. Su fuerza y su poderío están en ser león. ¿Para qué necesita más? El que puede desgarrar, no araña.

Eso le pasa á Campoamor. En sus doloras, en sus poemas, en sus humoradas, se ve, no precisamente el desprecio á la forma, el propósito de que la forma sea auxiliar y la idea señor. Por esto su obra es grande y quedará. Los creadores se engrandecen con el tiempo, los pulimentadores se achican; Balzac, es hoy una estrella; Chateaubriand, un velón de cobre bruñido á mano.

Tal es el temperamento artístico del gran poeta contemporáneo, y en virtud de ese temperamento, Campoamor, el viejo venerable, el anciano de cabello

y patillas blancas, el hombre que ha cumplido los 80 años de su edad es el poeta español más joven de todos.

Ha saboreado su tiempo; ha sentido en su espíritu el choque de los ideales modernos; las dudas, las esperanzas, las sublimidades y las pequeñeces de su época han vivido en él y se transparentan en su obra... De ahí que Campoamor, que es un gran talento, sea un gran revolucionario.

Humorista, toma en broma á Dios, al Dios que disfruta ahora en el mundo cristiano la confianza de la corona, y en fuerza de hacernos reír con la preocupación de ciertas gentes que hacen intervenir á su Dios en una porción de majaderías, nos hace reír del Dios que, gracias á esas gentes, vive; organismo apasionado y vibrante, justifica la existencia de pasiones que se sobreponen á todos los vínculos religiosos, sociales y legales; nos da á entender que malas leyes, mala sociedad y mala religión son las fundadoras de vínculos que no han tenido en cuenta, al fundarse, ni el alcance de las pasiones humanas, ni las

exigencias imperiosas de la realidad... y haciéndonos ver que semejantes leyes son inútiles, nos ha hecho pensar en que debían suprimirse.

Y así en todo. Este gran demolidor, este revolucionario, que demuele sin martillo progresista, que llega á los mayores atrevimientos sociales sin quintanismo cursis, ha bendecido, ha proclamado, ha sustentado en sus versos, en sus poemas, todos los anhelos y todas las esperanzas de la juventud pensadora y honrada. Él, á quien llaman el poeta escéptico, ha hecho por el porvenir tanto como, á poder hacerlo, hubiese hecho en su contra Núñez de Arce, el llamado poeta de la libertad, sin duda porque ha sido ministro de Ultramar con Sagasta.

Mientras el autor de *Gritos del Combate* maldice á Voltaire, á la Revolución, á todo lo nuevo, á cuanto innovaciones, progresos y reivindicaciones humanas significa, el autor de *Poemas y Dolores* abofetea con la mano de Diógenes á los Césares; se burla, con el gesto de una vieja gruñona, de los tiranos; reniega con Ginés de las desdichas del miserable y de las resignaciones fundadas en premios celestes; excusa las insurrecciones del estómago con su «Ley del hambre...» ¿A qué seguir?... ¿No es la teoría transformista, la doctrina revolucionaria por excelencia, no echa por tierra religiones positivas, herencias ridículas, desigualdades absurdas..., todos los cimientos sobre que descansa esta sociedad moribunda?, pues oid cómo proclama esta doctrina Campoamor. Oid al poeta, porque vale la pena de oírle.

Oigámosle:

«Aunque en forma variada halló en esencia los mismos hechos y los mismos seres pues siempre, como ley de la existencia, se suceden las cosas á las cosas.
Las flores crían granos,
los granos van á rosas,
las larvas se convierten en gusanos,
los gusanos se vuelven mariposas...
Y así, cambiando en odio los amores,
haciendo vida nueva de las viejas,
las abejas se comen á las flores,
los pájaros después á las abejas...
Y así, incesantemente,
en perdurable rueda,
va siendo todo igual y es diferente,
y todo va pasando y todo queda.»

Sí; Campoamor es el poeta de la «juventud joven»; en sus obras palpitan las dudas, los celos, las desconfianzas, los escepticismos (pasajeros) de la generación presente; pero en su obra, como en esta generación, palpita el germen de todos los ideales, de todas las energías, de todos los combates supremos á cuyo término se descubre un horizonte ancho, sin impurezas y sin límites...

J. DICENTA.

LA LEY DEL HAMBRE.

(DOLORA.)

Corre la madre al motín,
á donde el rencor la llama,
dejando un niño en la cama,
bello como un serafín;

Niño que al ver junto al lecho
de una Virgen el retrato,
que da alegre y sin recato
á un niño Jesús el pecho,

Con hambriento frenesí
ansioso á la Virgen toca
en los pechos y en la boca
como diciendo: «¡á mí, á mí!».

Pero aunque con vivo anhelo
el niño el pecho pedía,
la Virgen se sonreía
más imparable que el cielo.

Y mientras la madre hiere
gritando: ¡muera el tirano!
y hambrienta y puñal en mano
lucha y lucha, y mata y muere,

El niño, exánime y yerto,
hunde el dedo en el papel,
gime airado, tira de él,
rasga el cuadro y cae muerto.

¡Así, venciendo á los dos
del hambre la dura ley,
ella, inicua, mata al rey,
y él, impio, rasga á Dios!

R. DE CAMPOAMOR.

CAMA NÚM.....



No sabemos á punto fijo qué número tiene en el hospital de la Princesa la cama donde ha arrojado una enfermedad á nuestro querido compañero de redacción, á nuestro hermano Rafael Delorme.

Ese hombre, delatado por algún miserable á los centros gubernativos como un malvado, como un hombre peligroso, como anarquista de acción, se ha visto falto de salud y ha tenido que buscar remedio á sus males en la sala de pago de un hospital.

Inteligente, joven, instruido, valeroso, Rafael Delorme podía tener á la hora presente, si hubiese seguido otros derrotos periodísticos y otros caminos políticos, más rastreros pero más seguros, un buen pasar; no le hubiera sorprendido la enfermedad sin recursos, con el cerebro lleno de ideas y los bolsillos vacíos de dinero.

Tendría un sueldecito, dos ó tres subvenciones de cualquier Ministerio en pago de Memorias que nunca se escriben y de libros que nadie lee; ropa, casa, lo que tienen muchos que no valen, ¡qué tontería iba á decir! que no permitiesen insultar á Delorme comparándole con ellos.

¿Qué necesitaba para esto? Haber hecho de sus ideas un comodín, de su talento un coche de alquiler, de su dignidad una prostituta carrerista y de su valor un estilete de condotieri... Con eso le bastaba... Hubiéralo hecho y se puede apostar á que ni estaría en la cama núm..... del hospital de la Princesa, ni en el libro de sospechosos del Gobierno civil.

Pero ese malvado, ese hombre sobre quien recaen los celos del decapitado partido conservador; no ha querido vender su inteligencia, ni su dignidad, ni su bravura; ha querido luchar por ideales puros, nobles, de esos que no necesitan el fiel contraste de la Subsecretaría de Gobernación. Socialista convencido, tan adversario de las hecatombes sangrientas como entusiasta partidario del progreso y de la redención humana, ha preferido morir de hambre á morir de vergüenza.

Sí, ¿por qué no decirlo? Delorme, ¿por qué hoy que se arroja sobre ti la tacha de malvado no hemos de volver por ti nosotros? por ti, que has ocultado con sublime heroísmo tu miseria á tus amigos, á tus hermanos; por ti, que sin casa, sin hogar, sin abrigo, nos negabas á nosotros esa horrible situación de tu existencia. ¿Por orgullo?... No..., quizás porque no te acordabas de ellos, porque los retorcimientos de tu estómago, y las intermitencias del sueño al aire libre, y las torturas de la miseria pasaban por delante de ti sin que las notas. Tú no podías sentirlos, verlos. Tenías los nervios puestos en la conquista del porvenir y los ojos clavados estáticamente en el ideal... ¿Qué era lo demás? Pequeñeces, molestias insignificantes; el escremento de un insectillo en el cristal de un telescopio.

Preciso fué que nosotros te avisásemos, preciso que te condujésemos por la fuerza á la cama núm..... del hospital de la Princesa para que despertaras. Si no, hubieras agonizado en pie hasta caer muerto de golpe, sin prolegómenos.

Afortunadamente, no diré para ti, para nosotros, para la causa que defiendes y defendemos, no ha ocurrido eso.

Pronto saldrás de ahí. Pronto vendrás á compartir con nosotros tareas y esperanzas; y mientras sales riete desde ese hospital de los que te ofenden al suponerte capaz de un crimen; desprecia á los que te califiquen de malvado.

La cama núm....., esa cama que tú, trabajador infatigable, obrero fuerte, hombre inteligente, no hubieras podido pagar, con valer tan poco ella... contesta por ti. Esa cama es el pedestal de tu honradez.

LA REDACCIÓN.

LEGISLACIÓN OBRERA.



Todos los Parlamentos de Europa y América afectan estar animados del deseo de crear una legislación obrera que garantice á las clases trabajadoras contra las demasías de los patronos, del capital. Francia y Alemania, donde más enérgica es la protesta socialista, se distinguen en este record, y Bélgica,

Inglaterra y América del Norte les siguen, quedando bastante rezagada España con su famosa Comisión parlamentaria de Reformas sociales.

Hay que ver las mayorías de estos Parlamentos, compuestas en su casi totalidad de agentes de negocios, más ó menos lícitos para comprender *a priori* que todo esto es una gran hipocresía, una infame farsa, cuyo objeto es engañar á las masas proletarias y evitar la inevitable Revolución Social por medio de paliativos irrisorios y absurdos. Extráñanos que haya demócratas partidarios de tales engaños, cuyo iniciador ha sido el Príncipe de Bismarck con sus desatentadas leyes de seguro obligatorio y protección contra accidentes, ahora mismo objeto de discusiones en el Parlamento francés. Son ambas leyes medios inicuos de sujetar y vigilar á los obreros, molestándoles constantemente. Ellos, los patronos y el Estado, contribuyen cada uno por la tercera parte á este absurdo seguro para que los asegurados obtengan una miseria cuando están inválidos para el trabajo por accidentes ó vejez. Ya que se gasta el Estado, por virtud de esta ley, más de 4 millones de marcos, ¿por qué no reconoce desde luego el derecho á la vida de aquellos ancianos é inválidos, costeadando su existencia del presupuesto nacional ó municipal, según lo pedimos los socialistas? Con esto se ahorraría un ejército de inútiles empleados de las cajas de seguro y todos los inmensos gastos administrativos que representan, ni se molestaría á los obreros ni tampoco á los patronos. Manifiestamente no se trata de mejorar la suerte del obrero, sino de acallar su protesta y esclavizarle y vigilarle con molestias administrativas.

Leyes obreras, como por ejemplo la protección sincera y eficaz contra los accidentes del trabajo, encuentran insuperables dificultades y se arrastran largos años en la máquina parlamentaria sin resultado alguno. Así le ocurre, por ejemplo, á la proposición anodina de Constans que éste presentaba en 1890 al Senado francés y que trataba de la participación en los beneficios en favor del obrero. Con la triquiñuela de las «comisiones» donde quedan sepultadas las mejores iniciativas, no ha sido aún hoy votada, pero no faltan nombres famosos que hayan unido sus esfuerzos á la gran reforma como Naquet, el del divorcio; Meline, el proteccionista reaccionario; Guillemet, el economista, que han añadido «complementos» cuya discusión ha retardado en gran parte la aceptación del proyecto.

Más escandaloso es lo que sucede con la ley de protección contra los accidentes del trabajo. La discusión parlamentaria dura ya diez y siete (!!) años. El 29 de Mayo de 1880 presentaba M. Martin Nadaud la proposición en el Parlamento francés. Hasta 1887 se presentaron otras 15 (!!) proposiciones por influyentes «protectores» de los obreros. El resumen de todo esto fué votado en 1887 por 357 votos contra 78. La base del proyecto era el seguro obligatorio de los patronos para garantizar las cantidades de indemnización. De tal modo disgustaba al Senado esta ley, que la modificaba en un sentido tan capitalista, que el senador Tolain, el fundador de la Internacional en 1864, creía su deber de dimitir como individuo de la comisión respectiva.

Deshecha aquella tentativa, votaba el Parlamento el 10 de Junio de 1893 por 493 votos contra 4 una nueva ley presentada por Jules Roche el 28 de Junio de 1890. Era una comedia que se representaba en visperas de las elecciones generales, porque sabido era, que el Senado, la fortaleza del capitalismo, no daría su concesión.

Hoy aún continúa la grotesca odisea del ya famoso proyecto accidental, de Poncio á Pilato, y si por acaso se votara, resultaría una ley inútil é irrisoria como la ley respectiva de España en 1894, que casi sólo existe en el papel.

En resumen, la legislación obrera de los gobiernos actuales es un engaño y una hipocresía ignominiosa.

A. DE SANTA CLARA.

LOS SEGADORES.

(APUNTE DE UN VIAJANTE.)



Mientras llegaba á la estación para tomar el tren de las dos de la madrugada, el último párrafo de la curiosa estadística de Sebastián Faure, hablaba sin voz dentro de mí, todas aquellas columnas de números elocuentes y consoladores me daban alegremente en el cerebro.

«Y corresponderían á cada individuo 1.033 kg. de alimentos y 1.766 francos para proveerse de productos industriales...» Sí; quedaba completamente convencido de que todo se podría arreglar queriendo todos arreglarlo; de que podría desaparecer casi por completo el dolor universal, puesto que de los cálculos hechos á este propósito en Europa y los Estados-

Unidos, se sabe que la tierra produce en tales regiones doscientos siete mil millones de kilogramos más de lo necesario para la vida de sus habitantes.

Llegó el tren cuando yo acariciaba la generosa idea del bien común. Comenzamos á abrir portezuelas. Venía todo lleno: había doce coches de tercera atestados de hombres haraposos y sucios, tumbados como ganado miserable en los bancos y en el suelo. Parecía aquello un tren de ropa sucia, un tren infecto, cargado de hombres mal olientes, llevado hacia un purgatorio...

—No se cabe —decían á lo largo de los coches. A cada puerta abierta por mí recordaba yo sin querer la frase de Faure:

—... Y á cada individuo le tocarían 1.033 kg. de alimentos y 1.766 francos para proveerse de productos industriales...»

Era un tren de segadores gallegos que volvían de Castilla y la Mancha, que eran tratados como animales por las compañías y echados á los vagones, como montón inservible de carne apaleada. Venían de trabajar como negros, bajo los rayos del sol de Julio, quemados, derrengados por el exceso de la labor y la escasez del alimento.

Algunos se alzaron humildemente cuando nos vieron entrar en su coche á otro viajante de comercio y á mí. En sus ojos, cansados y dormidos todavía, brillaba esta admiración: «¡Pero estos señoritos están locos! ¡Se han equivocado de clase!»

No les cabía en la cabeza que nosotros, que ni segábamos bajo el sol de la Mancha, ni nos tapábamos tan mal las carnes como ellos, fuésemos también trabajadores echados al mundo con la cruz á cuestas, encargados de enriquecer á los fabricantes que esperan sentados con tranquilidad en el escritorio las ventas hechas á costa de nuestra salud y de nuestras penalidades.

No comprendían que el traje decente es para nosotros una carga que nos hace ir por el mundo con el bolsillo exhausto, sosteniendo una constante y falsa apariencia de bienestar. No veían que nosotros, poniéndolo todo, menos el dinero, somos cabalmente los que ganábamos menos en los balances espléndidos de la fábrica... Y sorprendidos, con la humildad que distingue á los trabajadores de la región gallega, nos seguían mirando, encogiéndose, avisando á los otros compañeros para que despertaran y pudiéramos ir cómodamente los señores...

Al venir la mañana, cuando los dormidos se incorporaron, distinguimos entre los hombres un muchachito. Tendría 12 años cuando más. Un sombrero en forma de montera, pardo, con las alas caídas, le daba un aspecto muy simpático.

—¿También has segado tú? —le pregunté.

El me miró sin despegar los labios, con la mirada cobarde de sus ojos negros, semejantes á los de una niña triste y enferma.

Su padre me contestó: —Sí, señor. Es el primer año que va.

—¿Y cuánto has ganado?

—Doce duros —me respondió al fin, sonriente y expresivo ya, como si estuviese orgulloso de haber ganado una suma tan considerable.

El viaje, que se había hecho crónico —porque las mixtos de España parecen dolencias antiguas, — se hizo más llevadero á pesar del enorme calor del día. Una flauta de latón tocada amorosamente por el muchachito, lanzaba por el coche aires populares, sonos tiernísimos de Galicia. Muñeiras diferentes acariciaban los oídos, hablando al corazón de los recuerdos del pueblo, de las montañas, de todas las nostalgias sentidas...

Y poco á poco los coches iban arrojando sobre los andenes montones harapientos de pobres hombres, cargados con su equipaje sucio, mal oliente, de color pardo, como la tierra que acababan de dejar segada allá, debajo del sol, en las llanuras abrasadoras y monopolizadas de Castilla, de la Mancha, de Andalucía...

Y yo al verlos partir pensaba:

«A cada individuo le tocarían 1.033 kg. de alimentos y 1.776 francos para proveerse de productos industriales...»

R. SÁNCHEZ DÍAZ.

OTRO ATENTADO.

En Sr. Delgado, funcionario que colocó al frente del Gobierno de Vizcaya el Sr. Cánovas, para dar gusto á D. Víctor Chávarri, ha suspendido la publicación del semanario socialista *La Lucha de Clases*.

Delgado (D. Tirifilo) pretexta que, hallándose Valentín Hernández en la cárcel, está incapacitado para dirigir el semanario.

Los socialistas replicamos que la ley de imprenta sólo autoriza la suspensión de un periódico en el caso

de que su director no goce del pleno uso de sus derechos civiles y políticos; y como Valentín Hernández no sufre condena, pues únicamente se halla procesado, resulta que el amigo del cacique ha saltado una vez más por cima de la ley.

Y de un tiro se matan cuatro pájaros.

Complacer al cacique.

Enardecer al socialismo.

Sitiar por hambre á Valentín Hernández.

Y proclamar nuevamente el anarquismo desde las poltronas del Gobierno.

* * *

En adelante Chávarri respirará tranquilo.

Ya no se meterá *La Lucha* con las atrocidades de sus contratistas y capataces.

Ni con los chanchullos municipales.

Ni con su estulta é inviolable personalidad.

¡Sr. Chávarri!

Es necesario recompensar al Tirifilo.

Y si no puede hacerle ministro, regalarle cuando menos un hotelito en el campo Volantín ó en Portu-galeta.



[MARCELINO UNCETA.—POR TERRENO ENEMIGO.]

ZOLA—LASSALLE—TOLSTOI

¡GERMINAL!

SONETO

Arroja el hombre el generoso grano
de la tierra en el seno removido,
y es en invierno embrión, luego latido,
más tarde espiga, fruto en el verano.

Cómo la tierra, el pensamiento humano
fecunda el ideal que ha recogido,
que es primero opinión, luego quejido,
más tarde lucha, luego soberano.

¡GERMINAL! tu semilla redentora
muestra ya su virtud fecundadora
rompiendo de los hielos el sudario.

Y espera el mundo de tu rico germen
á Floreal y á Fructidor que duermen
sin temor á que aceche Vendimiario.

J. JURADO DE LA PARRA.

RÁPIDA. CARA Á CARA.

El despota alemán se ha quitado arrogante-mente la careta.

«A nadie más que á Dios he de dar cuenta de mis actos.

»Nación, Parlamento, ministros... los hombres todos nada significan para mí.

»Yo soy el amo, el señor absoluto de Germania.»

Así ha hablado Guillermo II.

Conformes.

A Dios rendirá cuenta de sus actos Guillermo II.

Pero no olvide Guillermo II que Dios ha cambiado de nombre.

Ahora se llama Pueblo.

J.

PRÁCTICA DEL SOCIALISMO POSITIVISTA.

París, 6 de Septiembre de 1897.

AL SR. D. NICOLÁS SALMERÓN:



RETENDEMOS—respetable maestro—mejorar la condición moral y material de las clases trabajadoras. Esta es nuestra aspiración inmediata. La organización del trabajo, que es el coronamiento del edificio socialista, vendrá luego, pues lo que ahora más nos urge es lo significado por la fórmula de «instrucción y el pan.»

A primera vista éste no es un concepto del socialismo, pues casi se pierde en la vulgaridad de todas las doctrinas. ¿Quién no desea la mejora de condición del pueblo? No solamente la desean todos los partidos políticos, sino que, á su modo, todos la proponen y buscan. Lo menos que podría decirse en estas materias sería lo sostenido en los años 36 al 41 por *El Correo Nacional*, el cual pedía la aplicación de los bienes del Estado al alivio de las clases menesterosas y al fomento de la educación, de la beneficencia y del crédito; la combinación de las obras públicas para ocupar á los trabajadores; y la participación de la propiedad particular en este sistema de trabajos. Como consecuencia de estas disposiciones, se trataba de que no faltase ocupación á los brazos que careciesen de ella, y de que los salarios fueran suficientes para cubrir las necesidades del pobre. Sin duda este crite-

rio inspiró también á D. Manuel Alonso Martínez en su notable proyecto de 1855 sobre ejercicio, policía, jurisdicción é inspección manufacturera.

No hay en España nadie capaz de negarse á estas bases, que fueron de los partidos moderados en tan viejo período de nuestra política; y siendo esto así, no hay nadie que niegue su interés por las clases trabajadoras, y que á ellas no piense consagrar una parte de la legislación futura.

Quiere decirse, entonces, que todos los que nos preocupamos de arte política coincidimos en este punto. Y esta coincidencia es de importancia incalculable: significa, en la investigación que practicamos, lo que el conocimiento vulgar en la prosecución de los conocimientos indagados.

A partir de esta información de deseos empiezan á manifestarse nuestras diferencias fundamentales.

En efecto. Si decimos que debe mejorarse la condición moral y material de las clases trabajadoras, estamos en el caso de determinar primeramente qué clases de mejoras son éstas, y luego tenemos que determinar quién es el encargado de realizar esos beneficios.

Además habremos de fijar nuestro concepto de esas clases trabajadoras á las que pretendemos mejorar.

Este planteamiento de la cuestión ya manifiesta que no cabemos dentro de cualquiera otra agrupación política. Nuestro concepto de las mejoras morales y de las mejoras materiales no es común á los otros partidos; las atribuciones que para la aplicación de esas mejoras reconocemos en diversas personas jurídicas no son admitidas fácilmente; y por último, nuestra determinación de clases trabajadoras alcanza límites disputados por muchos adversarios.

De esta suerte, siendo una cosa en apariencia tan sencilla, venimos á parar en una de las mayores complicaciones.

Digo que nuestro concepto de la moralidad es distinto del concepto de la moralidad común en las demás escuelas. Y esta diferencia es mayor cuanto estas escuelas más se apartan de los principios democráticos. Como no me propongo hacer de esto una explicación, imposible en las condiciones de un artículo, tengo que remitirme á lo que nuestros grandes pensadores han escrito en diferentes libros, y á lo que mis correligionarios manifiestan á cada paso en sus estudios y trabajos de prensa.

Sin embargo, expondré la síntesis de lo que me parece definitivo en la doctrina socialista. Fuera de unas cuantas verdades que son corrientes entre todos los pueblos, que se afirmaron en el antiguo Oriente, en Judea y en Grecia, como después en nuestra civilización occidental—por ejemplo, el amor al prójimo, el honrar padre y madre y el refrenar el ímpetu de las pasiones—fuera de estas máximas que nuestro adversario Ives Guyot reconoce como únicas apreciables en el tesoro de la Humanidad, lo demás en nuestro concepto son prácticas acumuladas, aceptables ó no, pero en toda circunstancia tangibles. La virtud ha de ser intelectual; de otro modo ni la reconocemos ni nos sirve.

Hablamos de las mejoras morales y claro está que en ellas incluimos las que á la inteligencia se refieren ó por mejor decir, la moralidad y la inteligencia son inseparables en nuestro ánimo: eso justamente acabo de exponer en el párrafo que antecede.

El problema de la instrucción para nosotros se plantea en sencillos términos: la sociedad debe al ciudadano una instrucción que le haga apto para atender á las necesidades de la vida. Y por necesidades de la vida entendemos las que se refieren al estómago, pero también las que se refieren al corazón y á la cabeza. El instinto de conservación, más bien que las inspiraciones de lo justo, ha llegado á que la sociedad de hoy acepte la obligación de instruir al pueblo; pero los límites se han hecho tan excesivamente cortos que, para el alma, son más que vestiduras, camisolas de fuerza.

Para los fines de oprimir el ánimo todo se acomoda y reduce. No se trata de instruir sino de obcecar, no se quiere que el hombre se haga libre, sino que llegue hasta la muerte sumiso á los imperiosos dictados de la razón ajena. Dáse al ciudadano la espórtula, pero no el azadón, ni la hoz, ni el martillo; no se le otorgan instrumentos de guerra, como si el combate y la lucha no fuesen la consecuencia ineludible de la existencia humana.

Y luego, hay muchos modos de instruir al pueblo. Si se le dan armas no ha de ser á la manera aquella como á Sancho las dieron sus cortesanos de la Ínsula por ludibrio y escarnio: armas disparatadas, capaces nada más para su caída en tierra, donde pisarle con algaraz y gusto, como á tortuga bajo caparazón, presa de bárbaros. En la enseñanza, más que en ninguna parte, nos orienta la claridad de los fines últimos. Y no siendo estos fines comunes al socialismo con las demás escuelas, debe haber diferencias en la misma instrucción, por la forma y el fondo.

De las mejoras materiales ¿qué podemos decir? Falta por hacer todo. Dicen que se ha hecho mucho y nos atruenan con las exclamaciones acerca de la vida

del proletario de hoy comparada con la del siervo en las edades pasadas. Como si fuera tan difícil establecer esas mismas comparaciones entre la vida de los ricos de entonces y los de ahora. Unos y otros hemos adelantado, sin duda alguna. Ya no se explica la necesidad del mosquitero, valioso espantamoscas con que á Carlos V representa en el Alcázar toledano el gran duque de Rivas. Ya no acontece el pararse los médicos á caballo en gualdrapedas mulas, delante de los grandes zaguanes, y apeándose, entrar como si á visitas de personajes procedieran, siendo la realidad de su propósito la infracción, tras de la puerta, de una regla de higiene. Ya nuestras damiselas no van con inaguantable zarandeo dentro de aquel cajón, lujoso por las sedas, los esmaltes y las entalladuras, pero cajón sin más remedio, trasteado á brazo de mocetones de librea y peluca. Nos hemos redimido del farolillo misterioso de noche; del *jagua va!* exclamado por eufemismo desde ventanas no piadosas; de las falsas mulas de alquiler; de las desmanteladas ventas; de las posadas desprovistas...

Pero no enumeremos. La nobleza y la plebe, los hijos de algo y los hijos apenas de alguien, ganan sin duda alguna materialmente con el estado actual y en relación con los tiempos anteriores. La cuestión está en averiguar si la ganancia es equitativa y suficiente. Y no siéndolo, como no lo es, y habiendo de estar ciegos para no ver la dolorosa penuria de los menesterosos y la irritante abundancia de los acaudalados, persuadidos de que únicamente el egoísmo puede temer de la mejora de los unos la decadencia injusta de los otros, queremos, pedimos y caso necesario exigimos, lo que ningún partido político puede darnos, porque ninguno de ellos puede apreciar los límites de una necesidad que es propia nuestra.

Para la aplicación de estas mejoras contamos con un organismo principal, el Estado. Pero ¿cuáles son los límites de su acción? Sus facultades ¿bastarán para el desarrollo de nuestros propósitos? Conviene distinguir dos cosas: primero, la obra socialista total; segundo, la obra socialista parcial. Para la primera, de ninguna manera nos basta con el concepto predominante del Estado; pero sí nos basta para nuestras reformas provisionales de que ahora hablamos. Hemos adelantado muchísimo. Ni los códigos ni las leyes sueltas son hoy puramente individualistas. Todas ellas tienen la levadura del socialismo, y acá ó allá, en un párrafo, en una consideración, en un precepto, encontramos la interpretación doctrinal, á veces hasta la literal y siempre la lógica, para llegar á donde nos proponemos, sin producir espanto, confusión ó desconcierto.

Por otra parte, no hay concepto más individualista que el desarrollado en la teoría de la seguridad, de Guillermo de Humboldt. Y con todo, tan poderosa es la penetración de nuestras verdades, que yo me comprometo, y como yo cualquiera, á fundamentar en esa misma teoría el principio legal de nuestras afirmaciones más precisas. Fácil ha de sernos la obra dentro de nuestros códigos semi-romanos, semi-bárbaros, con sus ideas de colectividad ciudadana y sus raíces de menosprecio á la propiedad terrateniente. En un ligero ensayo que la *Democracia Social* publicó, á título de programa, declaración de los principios nuestros, realicé esa obra fácil: ella subsiste, y sus ampliaciones corresponden á la categoría de las que aplicaremos para la ejecución de nuestro pensamiento.

Fuera de ese organismo capital, tenemos la ventaja, verdaderamente respetable, de nuestros municipios, con sus derechos consuetudinarios, sus prácticas y sus mismas jurisdicciones, de que no poco se ha dicho en estos últimos tiempos: razón por la que nada debo añadir, no pudiendo extenderme en consideraciones de detalle.

En realidad, no nos embaraza, para lo que como fin intermedio nos proponemos, el llamado individualismo en el Estado: tengamos el poder y dilataremos su acción, sin violencia de los principios admitidos, aunque sin duda con sorpresa de los politicuelos procesables.

Queda el último término, nuestra definición de clases trabajadoras. Debemos confesar que nuestro criterio en este punto no es en absoluto diferente del admitido por el uso común; pero no es idéntico.

Clase no es otra cosa que un orden ó número de personas del mismo grado, calidad ú oficio. Trabajadoras quiere decir, adjetivamente, que trabajan. Pero esto es muy vago. Trabajar es ocuparse en cualquier ejercicio, obra ó ministerio. De tal manera toda ocupación es un trabajo; y no es esto lo que en el ánimo vulgar significa la palabra trabajador. Lo cierto es que trabajador, en su concepto substantivo, que es el corriente, determina al que se emplea por un jornal en faenas rústicas ó urbanas meramente materiales. Clases trabajadoras no son, por consiguiente, dos palabras, substantivo la una y adjetivo la otra, sino que forman ambas una sola y única designación de entidad ó existencia.

En verdad, éste es el concepto común. ¿Estaremos de acuerdo con él? No enteramente. Para que los socialistas y los no socialistas pudiéramos coincidir en

esta apreciación, sería preciso que á todos fuese general la idea de oficio. En el uso corriente, oficio quiere decir ocupación en algún arte mecánico. Para nosotros quiere decir ocupación para ganar la subsistencia. La diferencia es clara y no me parece necesario el insistir en ella.

De todas maneras, hoy se va dilatando el antiguo criterio. Se ha extendido ya desde la primitiva idea de bracero hasta la moderna concepción de trabajador. Es un adelanto que sirve de escala para el futuro nuestro.

Resumiendo: por todo lo dicho se ve que ni aun para el mínimum de nuestras aspiraciones cabemos dentro de los partidos políticos actuales. Pero, como muchas de nuestras aspiraciones sí pueden contenerse dentro de los límites aceptados á lo menos por algunos de aquellos partidos, estamos en el caso de colaborar en la obra de ellos, hasta donde ellos lleguen, separándonos luego como de buenos compañeros de ruta, que no siguen un viaje tan largo como el nuestro.

De quiénes pueden ser estos compañeros hablaremos en un artículo próximo.

I. L. LAPUYA.

DE LIRA Y GUITARRA.

EPÍLOGO Á UN LIBRO.

Tu libro me parece una paleta en la que el sol de Córdoba rutila, arabesco que ciega la pupila bordado por tu pluma de poeta.

De gentil mirador una maceta que aroma de sus cálices destila, el fondo de un pañuelo de Manila, ó el cerco de una alegre pandereta.

Me recuerda la dulce serenata, el tropel de campestre cabalgata, la reja guarnecida de claveles.

Y de un potro andaluz el atalaje cuando enmaraña el complicado encaje de borlas, cintas, flecos y caireles.

Á UN IMPOTENTE.

Vencido te quedaste en la carrera; para volar te falta fantasía; quien no tenga en las alas valentía que no se lance á atravesar la esfera.

Rasgada en el combate tu bandera, miras con odio tremolar la mía, y tu amistad, que noble parecía, para mí sér se ha vuelto traicionera.

Ya eres tan sólo un potro desbocado que llevas en tu lomo afianzado un nombre que repite tu memoria.

Queriéndolo extinguir, más lo dilatas, y en la ciega carrera que desatas ¡triumfante va sobre tu arzón mi gloria!

Á M. S. DE C.

Fuese de pedrería rutilante este blanco sepulcro, y no tuviera el resplandor de su virtud, que era más que el del sol, divino y deslumbrante.

Fué su figura mármol palpitante, Paros donde la gracia se esculpiera, al que la santa castidad pusiera nimbo de luz suavísima y amante.

Al pronunciar su nombre con dulzura, se anhelaba exclamar ¡Salve María! tan noble fué, y angelical, y pura.

Antes de ella reír, no hubo alegría; antes de ella adorar, no hubo ternura; antes de ella nacer, no hubo poesía.

SALVADOR RUEDA.

EL NATURALISMO ESPAÑOL.

En modo alguno, obedece á caprichos de la casualidad el que Emilio Zola haya sido estudiado y admirado en Rusia, cuando aun le ridiculizaban sus compatriotas de París, cuando en Alemania le tachaban como autor pornográfico, cuando los hipócritas ingleses le encontraban *shoking* y cuando Alarcón le llamaba en plena sesión de la Academia Española la *mano sucia* de la literatura. Rusia aplaudía en el naturalismo de Zola la nueva ciencia sociológica. En un diario de Petersburgo expuso el gran novelista por primera vez su doctrina del arte moderno como ramo de la sociología.

Este carácter científico es esencial en la nueva escuela estética. Zola ha dicho terminantemente que sus novelas no son obras de fantasía escritas para deleitar, sino estudios sociológicos, reconstrucciones de la vida social, basados en documentos humanos. Algo parecido hizo antes que el jefe naturalista, el gran historiador Alejandro Herculano en sus hermosas novelas históricas que reconstruyen siglos enteros del pasado de Portugal, y en Alemania, el célebre Gustavo Freytag, en las novelas donde presenta en tipos admirablemente descritos el desarrollo de aquellas razas vigorosas de Prusia que levantaron á la cumbre del poder á la casa de Hohenzollern. Flaubert hizo ya conscientemente historia social en *Salambo* y Balzac erigió en escuela este principio en su *Comedia Humana* obra continuada por Zola y su escuela.

En España debía encontrar este naturalismo ateo-determinista y socialista-revolucionario la acogida peor posible. Si en Rusia había preparado el terreno la agitación socialista llamada «nihilista» de Chernichevsky, Pisemsky, Dostoyevsky, Bakunin, Lavrov y los grandes poetas Herten, Nekrasof, Turgúnef y León Tolstoi; en España encontraba una revolución híbrida é hipócrita en 1868 cuyos representantes en la literatura eran su expresión fiel; gente estimable pero sin grandes pasiones ni entusiasmo por el progreso. Para demostrar la posición falsa del pseudo naturalismo español sirve el hecho de que la señora Pardo Bazán pudo levantar la bandera de Zola sin que la crítica la indicara lo grotesco del intento, dado su devoción de católica y su carácter de amiga de D. Carlos, y sin que una carcajada general hubiera contestado á esta «corazonada» de la autora de la biografía de San Francisco de Asís.

Gustavo Flaubert dijo que «lo estético, lo bello, no es otra cosa que una justicia superior» y concuerda con el sociólogo, el autor de la ley de imitación, Gabriel Tarde, quien dice en su libro *Lógica Social* que «lo propio del arte es buscar y hacer buscar un fin divino en la vida, un fin grande digno del sacrificio individual.» Jules Destrée en el libro *El arte y el Socialismo* y Bernard Lazare en *El Escritor y el Arte Social* explican igualmente el lazo íntimo entre el arte y la ciencia social. Paul Verlaine, el malogrado poeta demostraba en sus poesías *Romances sans paroles*, *Poèmes Saturniens*, y otras, toda la profundidad de los abismos de dolor que un alma grande percibe en la sociedad actual.

¿Qué alma generosa de artista grande pudiera estar muda ante las lágrimas de esos millones de seres que sufren? Natural era que los Cladel, Mirbeau, France, Verlaine encontraran eco en Morris y Ruskin en Inglaterra y en Dicenta, Benavente y otros en España. ¿Cómo no son también socialistas Clarín y otros poetas y críticos españoles? Si José Ixart, uno de los mejores de la gente nueva, viviera aún, estaría al lado nuestro.

La concepción socialista es tan humanitaria y justa que un espíritu tan equitativo y bien equilibrado como el de Ixart no hubiera podido sustraerse á su influjo. Esta impresión recibí al tratarle en 1891 en Barcelona. De él puede decirse lo mismo como Robert Bernier decía de Balzac, el gran maestro del crítico catalán: «Además, si Balzac no ha formulado de una manera precisa su ideal social, es porque la muerte le ha sorprendido demasiado pronto. Está permitido pensarle al leer sus novelas *Madame de la Chanterie* (1843 á 45) y *El Iniciado* (1848) que principian una serie de obras tituladas *Hacia la Historia Contemporánea* donde Balzac se había propuesto enseñar al público: un mundo ideal de elevadas virtudes, de una grandiosa equidad social, destinado á balancear, á recompensar, á reparar los desastres originados por las pasiones malas y nocivas.

El heredero de Balzac en Francia es Emilio Zola, en Noruega Henrik Ibsen y en España parece ocupará el puesto de honor Joaquín Dicenta. Y no debe extrañar que el país clásico del teatro haya elegido la escena dramática como teatro de batalla y no la novela como Balzac y Zola (1).

(1) En la novela española ha hecho Alejandro Sawa el primer esfuerzo de aclimatar el naturalismo moderno en sus novelas *Crimen Legal*, *Noche* y *Declaración de un vencido*. En el número segundo de GERMINAL, dije respecto á estas obras que

¿No es sólo una singular coincidencia que la primera obra del portaestandarte del naturalismo español comience con la epopeya del romanticismo, *El suicidio de Werther*? ¿No indica esto el parentesco entre el *Sturm und Drang* de la Alemania de Goethe, Lessing, Herder, Wieland, Klopstock y Schiller, y el germinar del naturalismo español?

¡Carlota y Werther!... ¡Qué pura la fe de sus corazones!...
¡Qué triste fué su locura!
¡Qué breves sus ilusiones!
¡Qué inmensa su desventura!
Ella inocente y honrada,
él poeta y soñador,
sin darse cuenta de nada
comenzaron la jornada
de su desdichado amor.

¡Hay tantos pechos heridos en su fe, en sus ilusiones!...
¡Viven tantos corazones reprimiendo sus latidos de soñados ideales!...
¡Revisten tal crueldad, tal furia, tal impiedad nuestras costumbres sociales, que mil hombres, su infinito amor, aunque sea honrado, lo sufren como un pecado, lo guardan como un delito!

Vinieron después *La mejor ley* (representado el 2 de Enero de 1889 en el Español); *Los irresponsables* (27 Noviembre 1890, id.); *Luciano* (25 Febrero 1894 en la Comedia); *El duque de Gandía* (10 Marzo 1894 en la Zarzuela); *Honra y vida* y *Juan José* (29 Octubre 1895 en la Comedia); *El señor feudal* (2 Diciembre 1896, id.). Además de esta larga serie ha publicado el infatigable trabajador tres volúmenes en prosa, de cuentos y estudios de actualidad: *Spoliarium*, *Tinta negra* y *De la batalla*. El carácter que Dicenta representa en la literatura y como alma de GERMINAL en el movimiento republicano-socialista, le hacen, naturalmente, el blanco de las calumnias á las cuales contesta con un despreciativo encogimiento de hombros. «Las medianías vencen pronto y el genio tarde; la cosa se explica; es más fácil levantar un guardacantón que una pirámide.»

Hay una nota personalísima en Dicenta que por desgracia falta por completo en Zola y que ha contribuido tanto á que la poesía de Enrique Heine encontrara eco en todos los corazones. Zola es frío como el mármol, nunca se siente latir el alma del autor, le falta el aliento de lo subjetivo, de la pasión. Dicenta al contrario, ha sentido y vivido como el poeta alemán cuya tumba en el cementerio del Montparnasse, es objeto de la peregrinación de millares de desilusionados cuya fe naufragó por el mundo. Es una historia eternamente nueva la de Luciano del drama de Dicenta que se compara con un hombre que al sucumbir cae en un vivero de reptiles que le estrangulan hasta que al fin logra librarse. «Ese hombre soy yo; yo, que arrollado por enemigos crueles que se enroscan á mi alma para aniquilarla, no puedo destruirlos. ¡Ah, cada uno de por sí vale poco; pero todos juntos, agotan mis fuerzas, me oprimen, me derriban!... Y yo, que combato sintiendo filtrarse en mi

revelan un poderoso talento: *Crimen Legal*, demuestra el vigor de la pluma de Sawa, *Declaración de un vencido*, es el grito de desesperación del luchador que se asfixia, y *Noche*, es el cuadro lúgubre de una sociedad sumergida en tinieblas seculares. Pero no es el naturalismo frío y duro de Emilio Zola: el alma profundamente poética española lo ha transformado comunicándole un perfume de poesía romántica que exhalan las canciones populares, las coplas admirables de las alegrías y dolores del pueblo.» El determinismo, la concepción sociológica de la vida que levanta las obras de Zola á la altura de estudios científicos que serán los documentos que al historiador del porvenir servirán de base para sus trabajos, forman también la característica de las citadas obras de Alejandro Sawa.

Digno de la sociedad gazmoña que aplaudía á Antonio Alarcón por llamar al naturalismo moderno la *mano sucia* de la literatura, es que los esfuerzos nobles de este precursor fracasaron ante la enemiga de la crítica, la indiferencia del público y las intrigas de la reacción, mientras que el «naturalismo» de *Insolación* y de *La Pálida*, *La Buscona*, *La Querida* fué leído con avidez. Se ha querido culpar el fracaso de la novela naturalista en España á la crudeza de estilo de Sawa, á su afán de lastimar las preocupaciones de la generalidad de los lectores por exageraciones de expresión y concepto. La obra de Sawa era sobre todo una protesta contra la hipocresía reinante y su estilo se asemeja á la oratoria guerrera de un Napoleón I y le faltan los tintes finos que acompañan las descripciones delicadas y que no deben buscarse en esta clase de literatura militante. Tampoco debe olvidarse que Zola tuvo que luchar sin gloria largos años hasta que pudo lograr que sus radicalismos filosóficos y estéticos fueran aplaudidos por Francia, que es el país más avanzado del mundo. ¿Cómo extrañarse que en España no pudiera vencer el naturalismo desde los primeros ensayos?

espíritu su veneno y extenderse por mi conciencia su fría odiosidad, me estremezco, no de miedo, no de horror, de hastío y de asco. Pero no importa; también soy fuerte, también defenderé mi existencia de sus acometidas; y quien sabe si en el último vigoroso arranque de la pelea, no conseguiré librarme para siempre de mis ver-lugos, vengarme de ellos, aplastarlos de una vez y de un solo golpe!»

Goethe, el gran pagano, vivía diez años con la madre de su hijo, Cristina Valpius, sin haberse casado y su juventud era una serie de aventuras; porque el poeta y observador necesitan sentir y «vivir» mucho para poder producir sus creaciones. Los pedantes no comprenderán nunca si Dicenta les dice que el café es en España uno de los mejores «observatorios para estudiar al hombre», y que en la plaza de toros se respiran pasiones y embriagueces que es difícil estudiar en otra parte. A la generación de gomosos, de la «última hornada», la caracteriza este observador fino con las palabras: «son los últimos esputos de una raza que sucumbe con el raquitismo en la sangre y el desequilibrio en el cerebro». Contra esta generación encanallada, pide Dicenta la Revolución Social que saca á la superficie del fondo de la sociedad nueva sangre.

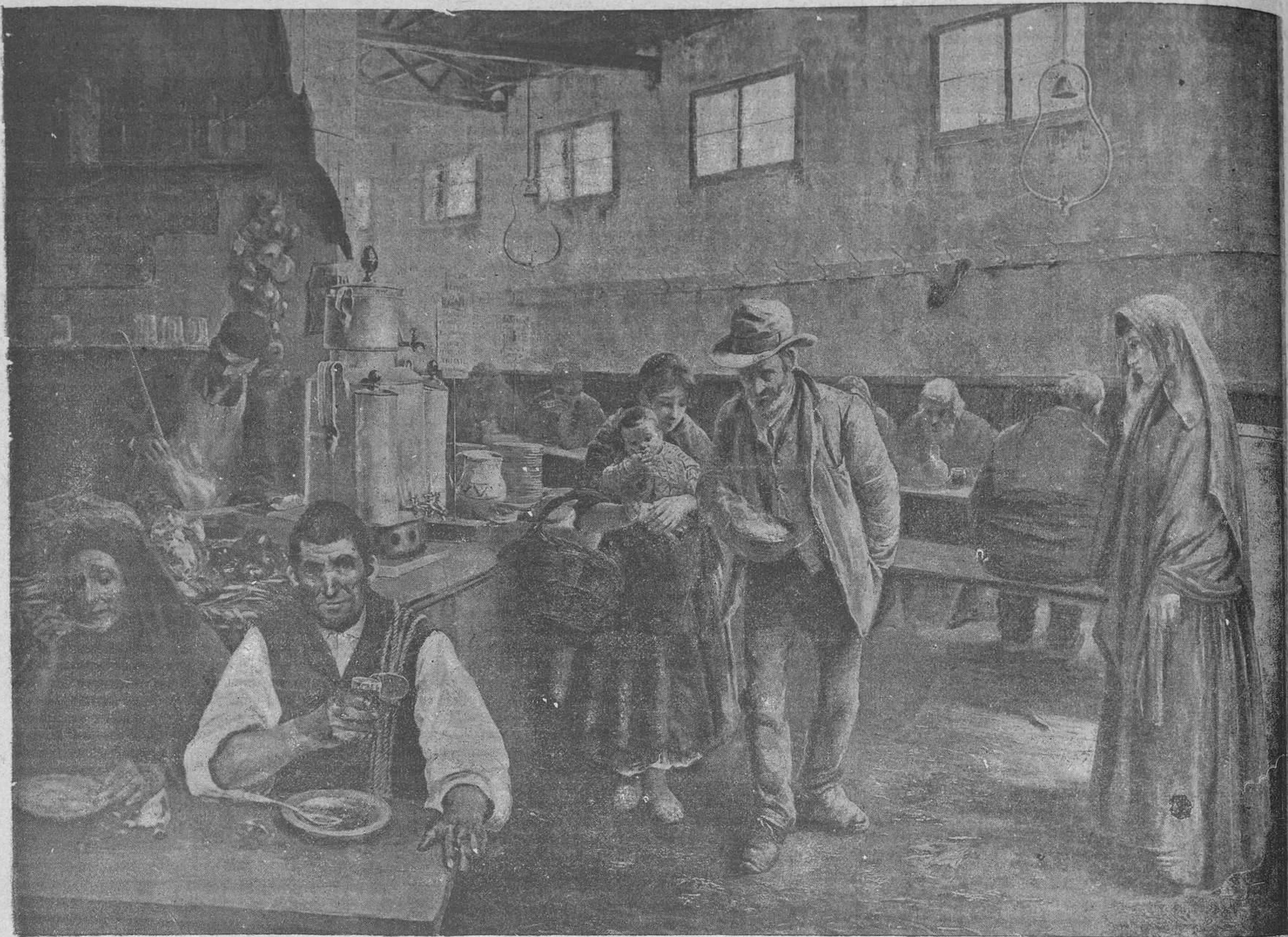
Esta corrupción infame del capitalismo, la ha descrito en *El señor feudal*; el canalla rico que por su dinero todo lo cree suyo y contra el cual lanza el hermano de la víctima, Jaime, la terrible imprecación:

«Tarea fácil para ese señorito, sorprender á una mujer, á una niña casi. Tarea cobarde, seguida sin descanso, sin tregua, con la perseverancia de un apetito que desea satisfacerse. Y esto un día y otro, á todas horas, y tú inocente, sin consejero, sin sostén, sin apoyo, sola con él; y él al lado tuyo mintiendo y mintiendo más, siempre más, hasta que una noche cualquiera abrió los brazos y caiste en ellos, sin saber siquiera que caías... ¡Qué canalla!... ¡Qué raza de infames la suya! ¡Tan infame el padre como el hijo! ¡Y yo creía librarme de ellos cuando huí de aquí! ¿Cómo iba á librarme de ellos, si quedaban aquí pedazos míos...? ¡Librarme! Y mientras yo en la fábrica soñaba con la redención posible, con mi padre rescatado al terruño, muriendo, cuando muriese, á mi lado tranquilo, como un hombre que acaba y no como una bestia que agoniza, con mi hermana junto á mí, obrera honrada, compañera digna de otro obrero; mientras yo apretaba la herramienta y torcía el hierro con mis manos, y golpeaba el yunque con el martillo... mientras pasaba hambre y privaciones y miseria, mientras iba ganando en fuerza de trabajo y de voluntad un puesto honroso para ofrecérselo á vosotros, estos miserables se cebaban en la carne mía... ¡Y como no era bastante que el viejo entregara su sangre al Sr. Roque, como no era bastante que el Sr. Roque explotara al anciano, cuando la mozueta se hizo mujer, vino el señorito Carlos y la quitó la honra...! ¡Que reviente el padre! ¡Que caiga reventado cuando no pueda más! ¡Que caiga la moza donde caiga cuando el señorito se harte de ella...! ¿Qué importa eso? ¿Qué vale eso? ¿Qué significa eso? ¿Quién puede ampararlos...?»

Parece oírse las imprecaciones de millones detrás de estas frases. La pluma se convierte en piqueta y la escena en tribuna.

No puede negarse el fracaso de los naturalistas franceses en el teatro, á pesar de la brillante defensa que han tenido en Zola desde su célebre libro que trata del asunto. Si Ibsen, Björnson y Hauptmann han obtenido mayores éxitos, es una prueba que el drama permite perfectamente bien que la profundidad sociológica de los conceptos encarne en los personajes con la suficiente claridad y los detalles necesarios para ser comprendidos, sin entorpecer la acción é impedir el efecto escénico. El *René* y *Madeleine Féral* de Zola; y los dramas de Joncourt, Céard, Cladel, Julien, han pecado por faltos de esta claridad y concisión, quedando oscuros y frecuentemente brutales por la omisión de aquellos lazos intermediarios de sentimientos y pequeñas acciones que justifican á veces las crudezas más atroces, haciéndolas inteligibles y humanas en cierto grado. Apercíbese en ellos, sin embargo, el nuevo concepto de la Humanidad, la sublime moral altruista, independiente del ridículo cebo de las promesas de ultratumba; el ideal del amor, libre de las grotescas tramas que hoy le esclavizan, y los horizontes del humanitarismo como religión del porvenir. Estos sentimientos de amor prevalecerán sin duda en el drama social concebido por la escuela naturalista de Zola, Ibsen, Dicenta y Hauptmann, sobre las abismos nocturnos que este último, por ejemplo, esclarece con diabólica claridad en *Los Tejedores* (1),

(1) Las empresas teatrales del día no han querido representar las escenas de esta terrible huelga de tejedores. Ha sido una necesidad la creación del «Teatro libre» en París y Berlín. Quepa la honra al teatro español de no haber tenido estos remilgos femeninos con respecto al *Juan José*, de Dicenta. «Hay aún patria...»; por algo es España el país de la más gloriosa historia escénica. *La Comedia Social*, de Henrik Ibsen, encontraría tal vez público en España; su traducción al francés facilitada que sea conocida aquí. *Los Espectros* trata el problema del matrimonio, y ha sido presentado en el Teatro libre de



MATEO SILVELA.—TIENDA-ASILO.

drama terrible, cuyos cinco actos son en realidad cuadros al natural de la sociedad de hoy, llenos de miseria, crímenes y tristezas, que concluyen inevitablemente con la explosión final de la revolución social, el despertar del esclavo eternamente martirizado, que ahora busca la venganza en la destrucción y en la sangre. Clovis Hugues, que con León Cladel fundaron el «Club del arte social» en París, dice con razón: «La literatura actual es inconscientemente tal vez socialista; pero lo es, y esto es la esencial, los revolucionarios que lo son sin saberlo, son con frecuencia más útiles que los doctrinarios parapetados detrás de su supremacía de escuela. Abrid cualquier novela, asistid á cualquier representación teatral, y aunque no os interese estudiar el detalle investigando la idea en los hechos, el encadenamiento filosófico á través de la intriga de la acción, os sorprendería la cantidad de socialismo que se sorprende en la novela y el teatro moderno».

ERNESTO BARK.

Cuentos Nuestrós.

FIEBRE Y VÓMITO.

HALLÁBAME en la «Quinta», nombre que dan á sus hospitales las Sociedades benéficas de la Habana. Cedía la enfermedad y se apuntaba la convalecencia. A los delirios locos, sucedían las alucinaciones suaves, borracheras deliciosas de la fiebre, en que la voluntad

París, así como el *Pato Salvaje*, que representa al hombre natural luchando contra los vicios y preocupaciones sociales. Hedda Jabler defiende los derechos del niño, y ha sido puesto en escena con éxito en Variétés de París. *La casa de la muñeca* se ha representado en el Odeón.

y la conciencia adormecidas déjanse llevar por la danza confusa de las ideas descarriadas, y los seres queridos aparecen como puntos extraviados en el espacio inmenso, y los sonidos se truecan en líneas, y las aspiraciones huyen de sus nombres, y las palabras se aglomeran y se funden en prismas de luz maravillosa que se forman y deshacen en lo negro de los párpados, y los objetos ahogándose en penumbra se desvanecen y se juntan, perdiendo, con las líneas, su individualidad; borracheras en que el espíritu sin freno comulga con la naturaleza, y el alma simplificada entrevé un reflejo del monstruoso desorden de los seres, las cosas y la vida.

Al serenarme tras una de esas embriagueces, la conciencia recogió su palmeta de dómine. ¡Siempre soñando, me gritó furiosa, siempre despilfarrando la energía en ensueños inútiles! Vamos á ver ¿á qué conducen esas batallas con los molinos? ¿Cuánto mejor no fuera vivir con la atención fija en lo presente y caminando derecho hacia el norte que la voluntad te indique! ¡Pobre fracasado de la vida! Mientras ladres á la luna, otros vendrán á arrancarte el hueso de las manos. Pero quizás haga mal en reprocharte nada. ¡No tienes tú toda la culpa! Necesitas sangre que amordace tus nervios, que colore tu rostro é imprima en él la alegría natural de la existencia.

Mira, deberías ser como ese chico. Y me señalaba un zagalón de 20 años, recia espalda y amplio pecho, con carrillos robados á maduros melocotones, que entraba acompañado por el enfermero é hiriéndome de sorpresa, comenzó á desnudarse ante el lecho que hacía frente al mío.

—¿Qué podrá tener ese chico?, pensé. ¡Bah! á gusto entraría en su pellejo. ¡Será algún dependiente cansado del mostrador, que viene á limpiar su estómago para vagar dos ó tres días!

Y le miré con envidia profunda. ¡Era un fuerte, uno de esos seres que no sueñan, atentos siempre á sus intereses y á sus gustos, uno de los que gozan, uno de los que triunfan!

Vi luego al médico que lo auscultaba con cuidado, advertí confusamente que traían montones de hielo. Creo haber reparado en una bañera, y me parece, no estoy seguro, haber divisado, lejos, muy lejos y entre brumas á unos señores que cuchicheaban muy bajito y á otro que se paseaba por el cuarto y daba grandes gritos quejándose de la imprudencia de los muchachos y de la dificultad de encontrar nuevo dependiente en quien poder fiarse. ¡Los mejores, los más listos se «alzan» con los «cuartos» y los torpes no sirven para nada!

Al día siguiente me trasladaron al departamento de los convalecientes. Estaba contento. Pasé la jornada haciendo mil castillos en el aire. Iba á sanar, comería en lo sucesivo mucha carne, ¡nada de aislamiento ni de ensueños!; en las horas de trabajo, ¡á mi quehacer!; en las de descanso, ¡á reirme á boca llena con mis amigos! Pronto estaría gordo, colorado como el de la bañera.

Del pensamiento pasé á la ejecución. Charlé con mis compañeros de convalecencia, cambié con ellos esperanzas de alegría, de salud y de fortuna, y en mi primer comida, al dejar los vasitos de leche y las tazas de caldo por el ala de un pollo, uno de mis novísimos amigos informéme de que habían bajado al enfermo del número 12.

—¿Del número 12? ¡Al colorado entonces! Pero, ¿qué tenía ese chico?

—Toma, ¡el vómito!

Y al escuchar tan imprevista nueva, me encaminé por el patio á la capilla. Era en uno de los esplendidos atardeceros de los trópicos. El sol magnífico, el sol de Cuba, reclinábase sobre la selva, y el jardín inmediato prestaba sus perfumes á la dulce brisa, cuyo susurro adormecía á los enfermos crónicos, sentados á la sombra de gigantesca ceiba, dejando adivinar bajo los vendajes, deformidades horribas, hinchazones desmesuradas y llagas sanguinolentas.

De cara al altar, entre los resplandores inútilmente lúgubres de los cirios, descansaba mi compañero de

dormitorio. Tuve el valor de mirarle de cerca. Y vi sus anchos hombros y su pecho levantado y recio, y su sangre pesa sangre tan envidiada! la ví también allí en montones, que azulaban la piel hacia el robusto cuello y que hinchaban las manos tendidas á lo largo del cuerpo.

Pensé en que había ansiado ese vigor, en los sarcasmos de la vida, y al cruzar de nuevo el silencioso patio, donde dormían plácidamente los enfermos incurables, me acometió nuevo acceso de fiebre.

La naturaleza de mis frías montañas, esa naturaleza débil domeñada por los hombres fuertes y su esclava sumisa, se me antojó el cadáver rugoso de una vieja, despedazado por el bisturí del labrador y el escarpelo del minero, al paso que la naturaleza de los pueblos calientes, me parecía hercúlea matrona, omnipotente y desdeñosa, algo como la personificación de la Esparta antigua, una Esparta demente que, celosa de su poderío, arrojara á sus hijos más fuertes por el monte Taygeto y meciera cariñosa en su regazo á los enfermos, á los vencidos, á los débiles.

RAMIRO DE MAEZTU.

SOLUCIONES

AL ACERTIJO DE NUESTRO ILUSTRE COLABORADOR

[MARIANO DE CÁVIA.

La fe y el derecho pudieran ser las muletas á que se refiere el acertijo del Sr. Cavia, pero no encuentro aplicable á los tres casos ambas soluciones y desisto de proponerlas.

¿Serán la ley y la autoridad? Quizás pudiera aplicarlas sin desnaturalizar el acertijo, pero dudo de interpretar fielmente el pensamiento del Sr. Cavia.

¿Y los dictadores y el ejército?... Curioso, ¡detente!... no vaya á pensar el Sr. Azcárraga que le tomo por la muleta de Tetuán?

¿El hambre y la Emulsión de Scott? Como andadores de la infancia, pueden pasar. Como costosos á un hombre maduro, también. Pero como dijés y muletas, no, ¡por Cristo vivo, no!

*
*
*

Nada, que no acierto. Me devano los sesos, me los vuelvo á devanar, todo inútil; daré con ellos en Zaragoza ó en Leganés. Pero el acertijo se queda sin solución.

Y agur, señores.

*
*
*

Post Scriptum... ¡Ah!... ¡Ah!... Se me ocurre otra solución: el Trono y el Altar.

Analicemos: ... Para los pueblos que se hallan en la infancia son dos andadores bastante útiles... ¡Hum!... A mí que no me vengán con altares y tronos... Pero hay que confesarlo, algo nos sirvieron allá en los tiempos de Mari Castaña, los moros, Bernardo del Carpio y el Cid Campeador.

... Para los pueblos llegados á la madurez son dos dijés bastante costosos... ¡Recontral... Eso sí que es cierto... Díganlo en prueba las dinastías de los Felipes... Si buen lustre nos dieron nuestros flamantes reyes y nuestros no menos flamantes inquisidores, ¡buen embrutecimiento, buena despoblación y buena ruina nos costaron!

... Para los pueblos en la decrepitud, son dos muletas bastante flojas... ¡Que si son flojas! ¡Ahí son nada los tropezones que estamos dando!

Esta vez me parece que dí en el clavo.

¿Serán el Trono y el Altar esas muletas, dijés ó andadores?

¿Serán?

UN ENTROMETIDO.

LAS QUINTAS.

CARTAS Á UN AMIGO.

I.

ON insistencia y tenacidad infundadas, solicitaste querido Antonio, mi compañía en la reunión de que formabas parte para recorrer tontamente calles y plazuelas, como es costumbre antigua en todos los ámbitos de España antes y después del sorteo de mozos para el ejército.

Has creído que yo no os he acompañado á correr esas jaranas, tan viejas como ridículas, por presunción ó por pedantería. No, amigo mío, no. Una de las cosas que más me agradan y honran es hallarme en-

tre personas que, cotidianamente dedican doce ó catorce horas de trabajo, sea el que fuere, como lo haces tú y la mayoría de tus compañeros.

Bien sabes que nosotros, el día que triunfen nuestros ideales, promulgaremos una ley que persiga la vagancia como un delito, porque entendemos que el ocio es el primer eslabón que conduce al crimen. Sabes también que, para mí, un vago es un cáncer social cuyo virus pernicioso puede corroer un organismo, y que para que éste no desaparezca se hace necesaria la cauterización del mal. Y sabes, además, que á los vagos de profesión (que los hay, aunque haya quien lo niegue) los aborrezco con todo el odio de que soy capaz. Ya ves cómo por ese solo motivo tengo que simpatizar con vosotros.

Hecha esta declaración, te explicaré los móviles que me han impulsado á mirar con aversión esas rancias costumbres.

Me repugnan, no sólo por lo que en sí tienen de estupendas, que es mucho, sino por las demostraciones de conformidad que se hacen á un gobierno que tiene por bandera el secuestro de nuestras libertades.

No una, muchas razones puedo alegar en mi favor para no seguir esas tradicionales algazaras que se siguen en todos los pueblos de España á fin de que no decaigan esas bárbaras costumbres de nuestros progenitores.

Toda esa alegría que experimentas desde el triste momento que te declaran soldado, se trueca en inmensa pesadumbre para tu padre, para tu madre, para tu hermano, para tu amigo, para tu deudo y para todos los que te rodean, y es preciso que entres en el movimiento moderno y no te dejes conllevar por torpes amigos.

Dí: ¿por qué en vez de coger la pandereta ó la guitarra á cuyos acordes no daís más que notas descompuestas, sin el gusto flamenco que esta clase de instrumentos requiere y gritos estentóreos que sólo sirven para aumentar las aficciones de las madres, no váis á secar las lágrimas que atropelladamente ruedan por sus mejillas? ¿Por qué lleváis la crueldad al extremo de divertirnos mientras la familia atribulada llora en el más apartado rincón de la casa?

Huye, mientras esto ocurra, huye una y mil veces de esas apariencias, siervas del error y la ignorancia, y corre á compartir con los que sufren las amarguras en sus soledades y á dulcificar las cuitas que en su ánimo producen las torpezas de los hombres que todo lo fían al poder avasallador de las bayonetas. Corre á disminuir las aficciones de los que, más sensatos que tú, consideran como día de luto aquel que para ti es de regocijo.

No sólo urge que abandones esas antiguallas; debes además combatirlos. No debes tampoco contemplar en la inercia á los tuyos. Ante tales horrores que llevan la calamidad y el desastre á todas las ciudades, debes mostrarte enérgico para desistir tú y hacer desistir á los tuyos, por el convencimiento, de tales monstruosidades.

Esta causa positivamente encuentra muy pocos afiliados hoy, y no dará en muchos años quizá los resultados apetecidos; empero no he de abandonarla hasta no verla fuerte y por sus enemigos respetada.

Todas estas estrafalariedades que á título de herencia habéis sin vacilaciones recogido de los tatarabuelos de los vuestros, impiden como poderosa palanca llegar al reinado de la paz.

Si en vez de celebrar todos los españoles de 20 años, golpeando panderetas y rascando guitarras, esos acontecimientos tristísimos que llevan el desconsuelo y las lágrimas á todos los hogares, nos opusiésemos como invencible columna y como valerosos y enérgicos soldados exterminásemos á Gobiernos que, apoyados en sus espadas, sacrifican generación tras generación por conquistar poderes que de nada sirven, no tendríamos que experimentar ni la ruina de la agricultura, ni los desastres de nuestra industria y comercio, ni muchos de los males que afligen al país.

Los que mucho tiempo antes de los sorteos de quintas daís gritos descomedidos por calles y plazuelas anunciando días tristes, palmariamente demostráis á los Gobiernos una conformidad humillante y un profundo servilismo para que os despojen de vuestra libertad profesional y os aclimaten á una vida que después detestáis.

¿Tú crees, querido Antonio, que si esas uniones, sin previo acuerdo realizadas, y más compactas por estar basadas en el libre consentimiento, tuvieran un fin práctico, pasaría este pueblo por tanta humillación? ¿Tú crees que si tuviéramos el valor cívico de reunirnos para protestar en la prensa de esa irritante desigualdad que informa los actos del Gobierno respecto de las quintas, se erigiría en sistema la injusticia? ¿Subsistiría entonces el privilegio que gozan los ricos en menoscabo del derecho de los pobres? ¿Piensas que irían á defender la patria solamente los desheredados?

Porque así lo pensáis muchos y contestáis con un encogimiento de hombros, estamos tocando todos tan funestos resultados.

Ahí tienes la prueba. Cerca de 300.000 hombres se

han puesto en armas; ¿para qué? Para defender nuestro territorio amenazado, según la opinión de unos cuantos patrioterros. Ya te habrás enterado por los periódicos que en el presente mes se va á verificar otro sorteo, por el que se piden de 80 á 100.000 hombres más.

Tú me dirás después cuántos jóvenes de alguna posición van á empuñar el fusil.

Las quintas, querido amigo, son una inmoralidad, una de las más grandes desdichas de todos los países, y una de las mayores vergüenzas que subsisten, merced á nuestra poca virilidad, y no podemos los hijos de la Revolución consentir que se nos humille, despoje y abofetee sin un arranque de indignación y un rayo de instinto que testifique la fortaleza de nuestro espíritu y la firmeza de nuestra independencia.

FRANCISCO MACEÍN.

EL TOQUE DE MISA.

— ¡Ciega al nacer!... Sin esperanza alguna, por sendas de pesares y de abrojos herido el corazón, vengo á tu cuna. Ya de la tarde los destellos rojos muriendo van; escapa entristecida la luz del cielo, que expiró en tus ojos, mientras tú, lentamente adormecida, descienes, sin angustias ni terrores, al antro inescrutable de la vida. ¡Ay de tu despertar! ¡ay cuando llores! En tanto, pobrecita, reza ó canta, que aun el abismo está lleno de flores. ¡Si vieras tú, cuando el dolor quebranta á un alma niña, tan soberbia crece mi escéptica amargura, que me espanta! Mi alma, tal se horripila y se estremece, viendo tus ojos huecos y vacíos, que ya no sé si duda ó si aborrece... ¡Así lo quiere Dios! ¡Muertos, sombríos por una eternidad!... ¡Si yo pudiera sacarme para ti los ojos míos!...—

Y su angélica y blonda cabellera apartando, besé su hermosa frente, aún más triste y más blanca que la cera, de fiebre intensa bajo el soplo ardiente... ¡y al tocarla mis labios, juraría que la blasfemia germinó en mi mente! —Oye—le dije, al fin—oye, alma mía; por si puede á tu mal leve consuelo darte mi voz desentonada y fría; ya que la eterna noche eterno duelo vertió en tu alma y ni aún dejarte quiere en tus horas de angustia ver el cielo, oye la historia que la luz refiere, y recuérdala siempre, cuando el llanto á tus marchitos ojos acudiere: Hay un camino de inefable encanto, que, partiendo de un mundo maldecido, termina en el umbral del campo santo. Allí, el triste silencio y el olvido, ahogando en el misterio de la nada el rezo esteril y el perdón vendido, da á la pobre materia, desgarrada en el combate del vivir sangriento, una tumba feliz por lo olvidada... Aroma dulce, el suspirar del viento ¡difunde de las flores de un camino, que sube... de la tumba al firmamento. Astro celeste, de fulgor divino, finge en los cielos eternal aurora dando esperanza eterna al peregrino, y, clamando en los aires vibradora, se oye lejos la voz de una campana... como plegaria de ángeles sonora. Vese, luego, una iglesia muy lejana, á donde van las niñas que se mueren, envueltas en la luz de la mañana. Como aire de alas, sus oídos hieren trémulas voces que en la tierra oran; son las madres, que lloran y las quieren; pero las niñas bajan, donde moran, cuando despunta el día, aleteando, y besan á las mártires que lloran.—

La niña ciega, entonces, sollozando, al cielo dirigió sus ojos yertos,

y en el camino de la luz soñando,
con ansiedad desgarradora abiertos,
giraron en la sombra condensada,
con la tristeza de los mundos muertos.
Ya la amarilla luz de la alborada
alumbraba la estancia débilmente,
cuando la pobre mártir, resignada,
cual mustio lirio, reclinó su frente,
y, de mi atroz mentira al dulce encanto,
cayó en brazos del sueño blancamente.

Viendo, entonces, del sol el rojo manto
acariciar, sarcástico, su lecho,
mi corazón se estremeció de espanto;
y con la duda, torcedor del pecho,
dije, mirando al cielo, estremecido:
— ¡No, Dios de mi niñez... tú no lo has hecho!...
¿Nació para sufrir? ¿por qué ha nacido?
Contemplo el padecer, la horrible pena,
pero ignoro el delito cometido.
¿O es que tu nombre, que los siglos llena,
es el delirio eterno y la locura
del alma que se enrosca á su cadena?
Tú engendraste el vivir, tú la tortura
en risa, en duelo, en llantos, en paceres,
en alma noble ó en conciencia impura.
Contesta de una vez, dinos qué quieres;
¿Nuestro crimen cuál es? ¿cuál es tu idea?
¡Eterna maldición! ¿Por qué nos hieres?
¿Quién te pidió tan bárbara pelea?
¡Dios de bondad, Justicia soberana!
¿Beneficio es vivir?... ¡Maldito sea! —

Y entreabriendo sus labios la mañana,
llegó entre los revuelos de la brisa,
como una voz tristesísima y lejana,
de una campana el son. ¡Tocaba á misa!

ADOLFO LUNA.

CUENTOS DE TODO EL MUNDO.

UN COBARDE.

Á JULIO BARBEY D'AUREVILLY.

(Algo peor y mejor que un hombre.)

PAUL BOURGET.

NUNCA se puede llamar cobarde á un hombre, pues no se sabe á punto fijo en qué consiste la cobardía y jamás se conocen las causas múltiples y complejas que la determinan. Descontando la cuestión de temperamento que hace á un hombre de sangre más ó menos viva, respingar ante el insulto ó ante la amenaza para vengarse á su placer, hay mil circunstancias de tiempo, medio, edad, educación que necesariamente han de tenerse en cuenta para formular juicio. Además el valor varía tanto como las ocasiones en que se manifiesta. Se ha visto á hombres valerosos al extremo frente á un peligro físico, temblar y llorar como mujeres ante un peligro moral. Espadachines, nutridos de pólvora y cubiertos de heridas, retroceden en batallas de conciencia. Poltronos ignominiosos se truecan en héroes un día dado. Por el contrario, no faltan héroes

dominados por un miedo pueril, cuando tienen que arrancarse una muela. Mujerzuelas que enferman al ver sangrar á una gallina, vendan á los amputados y paren sin dar un grito. Hay desgraciado que se envenena con una disolución de fósforos por no apoyarse en la sien el cañón de un revolver, y semejante tímido muere en tres días de una agonía atroz, que no logra arrancarle una queja.

Voy á contaros el fin de un cobarde.

Cuando hubimos llegado al fondo de aquel valle perdido, al que me encaminó, el pobre hombre me cogió silenciosamente las manos y se puso á llorar.

Yo sabía sus motivos para estar triste y á menudo me presté á escuchar los desahogos de sus dolores. Me refirió más de una vez su infancia miserable y conocía también las torturas de su vida presente. Era hijo natural de una actriz y de un judío, muerto en la cárcel. Su madre arrastró al hijo con sus maletas á todos los teatros de provincia y del extranjero, donde la lanzaron los azares del oficio. Comió con ella el pan de la prostitución, bebió el champaña de los festines, sirvió de juguete á los queridos. Desde la edad de la razón á los 16 años, cambió de padre como su madre de vestidos, y muchas veces se ponía varios en el mismo día. Una mañana, se largó su madre sin avisarle, dejándole solo y sin recursos en un rincón de la América del Sur. Jamás la volvió á ver. Salió del atolladero como pudo, es decir, mal. Sin embargo, volvió á París, patria de los desplazados, de los desesperados. Pero no pudo ganarse el pan como Dios manda. Vivió del azar, perdiendo á uno, viviendo en casa de otro, comiendo de todo el mundo. Mal educado, acostumbrado á un lujo kaleidoscópico y á la haraganería, instruido «á la diablo», con retazos de esto y remien los de lo otro, era incapaz de poner sus manos en cosa alguna. Pasó un año, dos en esa pereza. Se dejaba sumergir en la inercia. De cuando en cuando, tenía sus accesos de dignidad y vergüenza. Entonces recobraba resolución, se



JIMÉNEZ ARANDA.— JUGADORES DE AJEDREZ.

decidía á trabajar. Pero todo eso se fundía en un diluvio de lágrimas inútiles. Como, á pesar de todo, era un muchacho encantador, original y extraño, más digno, al fin y al cabo, de compasión que de reproches, yo le manifesté una amistad compasiva y era por lo común el confidente de esas crisis que comienzan en rebeldías y acaban por lloriqueos.

Sin embargo, jamás le había visto tan profundamente afligido, tan lúgubrememente descorazonado como el día en que me condujo al fondo de aquel valle perdido. Ya no eran lágrimas de niño las que mojaban sus mejillas, eran sollozos de hombre los que le sacudían el pecho.

Le calmé un poco, por el método de las buenas palabras; me sorprendió hondamente que no se dejara acariciar por mis palabras, según su costumbre. Cortó en seco mis mimos y me miró de frente, resuelto, tranquilo.

—Me parece que usted me quiere un poco, dijo. Pero, ¿haría usted por mí una cosa que daría fin á todos mis males?

—Sí, haré cuanto me sea posible.

—Pues bien, si usted me tiene algún afecto, puede probármelo, haciéndome un servicio que será el mayor placer de toda mi vida.

—¿Cuál?, pregunté ansioso.

—Necesito que me ayude usted á morir.

—¿A morir! ¿Está usted loco?

Comenzaba, en efecto, á creerle loco y no comprendía á donde iba á parar. Hubiera creído en una farsa, si su aspecto grave, su voz entera y sus gestos deliberados, no me hubiesen convencido de que hablaba en serio; no era tampoco una palabra echada al viento, una de las frases que se dicen sin pensarlas en los momentos de dolor. Era una proposición fría que me dió miedo.

—Déjeme explicar, continuó, toda mi intención y las causas que me han hecho resolverme á realizarla. Le demostraré que no estoy loco. Le contaré, una vez más, mi singular existencia. Usted conoce los detalles vergonzosos y tristes. Usted sabe también, cómo voy

viviendo ahora. Sé por adelantado las causas que su bondad encontrará para defenderme, mas no puedo aceptarlas. Tengo la convicción de que no vivo como un hombre honrado. Mientras fui niño, pude encontrar razones para disculpar mi ociosidad y no ruborizarme demasiado de mi parasitismo. Hoy día siento que soy innoble, y lo que aún es más espantoso, que no tengo fuerza para cesar de serlo. ¡No me interrumpa usted! ¡Se lo suplico! Iba usted á decirme con sinceridad aparente, que no es culpa mía, que mi deplorable educación es la causa de todo y aún puedo enmendarme. No, amigo mío, no puedo; me conozco muy á fondo y sé los límites de mi honradez. Si continúo viviendo, llegaré á canalla; no en balde llevo en mis venas la sangre de un bribón y de una prostituta. Soy de mala ralea y no hay más curación que la muerte. Además, amigo mío, aún me quedan otras razones que oponerle y son irrefutables. Quiero á una mujer, la quiero con toda mi alma. ¡Hé ahí el modo de rehabilitarse!, piensa usted. Usted es de los que creen en las redenciones por amor. Para mí es imposible. En primer lugar, no puedo hacer que ella me quiera. Es pura, rica, adorada, y no se ha hecho la miel para boca de ganso, ni ella para un bohemio, un ganapán, un hijo de la turba como yo. Y aunque pudiera hacerme amar, aun sería la cosa más horrible. ¿No comprende usted? Fuerza es que se lo diga todo, ya que es usted mi confesor. La sangre de mis padres no me ha transmitido solamente la enfermedad moral, que también me ha infectado un mal físico. Y este mal, precoces orgías le han hecho florecer en mi pobre cuerpo. ¿Comprende usted ahora? No me he cuidado, he dejado á las cosas seguir su curso. Dentro de algunos años, algunos meses quizás, seré presa de las últimas mordeduras del monstruo. Se me caerán los cabellos, los dientes, la carne, y es demasiado tarde para luchar. ¡Cuándo yo decía que no impunemente soy el engendro de dos podredumbres! ¿Se ha convencido usted, amigo mío? Usted ve que tengo calma, que no me exalto, que razono friamente, que peso todos los motivos de mi determinación. Con toda sin-

ceridad, respóndame como si se respondiese á usted mismo. ¿Es ó no verdad que no tengo un pretexto para vivir y que tengo mil razones para morir? Veamos, dígame francamente, dígame que no puedo salir con honra de este callejón, sino por el suicidio. ¡Tenga usted valor para ser un amigo verdadero!

—¡A fel!, dije inmutado por su acento y por sus pruebas, yo no sabía todo eso. ¡Pobre, pobre muchacho! Sin duda alguna, vale más morir.

—Y entonces, ¿quiere usted hacerme el servicio que le he pedido?

Lo dijo tan seriamente que hasta en los huesos sentí frío. A instancias suyas, respondí á su razonamiento lógico, pero lo hice en voz baja sin pensar en las consecuencias de mi aprobación. Ahora, deploraba mi aquiescencia; él lo notó.

—¡Ah!, exclamó, ¿será usted tan cobarde como yo?

—¿Por qué cobarde? ¿Por qué como usted? ¡Palabra de honor!, no entiendo ni jota.

—¿Pero no ha visto aún usted lo que quería? Acabo de decirle que soy un cobarde y esto debe explicarle qué servicio le pido. Sí; sé que la muerte es mi solo recurso; sé que no puedo, que no debo vivir; sé que necesito matarme, mas no me atrevo á hacerlo, tengo miedo, soy un cobarde, se lo digo á usted, soy un cobarde miserable.

—¿Y qué...? ¿Y qué?—balbuceé temblando, porque empezaba á entrever la verdad abominable.

—¡Y qué!, me replicó con voz vibrante, es preciso que usted me suicide.

Y me tendió un revolver.

Reculé horrorizado al pensar en el crimen que me proponía.

Se aproximó á mí, me rogó, me suplicó.

Todo lo había previsto; llevaba en su bolsillo una carta declarando suicidarse, no me molestarían, el valle estaba desierto en absoluto, yo debía compadecerle, era el único amigo que encontró en su vida y le negaba el solo servicio que me había pedido; entonces tendría que ser un pillo, un pedazo de fango, lo sería por mi culpa, ¡y será tan feliz con la muerte!

Mirovitch (furioso). ¡Vete con tus miles de rublos!

Kounitzine. No, amigo mío, los rublos son cosa excelente. (Sale tarareando.)

Criado (esperando con visible impaciencia la orden de *Mirovitch*). ¿Pueden entrar esos caballeros?

Mirovitch. ¿Tienes prisa?

Criado (descontento). Yo, no; no vienen á verme, vienen á veros... (Da media vuelta para salir.)

Mirovitch (gritando detrás de él). Que entren.

ESCENA III.

MIROVICH, solo.

Estoy persuadido de que *Burgmeyer* ha corrompido á mi ordenanza, pues cada vez que aquel viene se atreve este imbécil á darme prisa; aquí mismo el dinero de esos señores les conquista se cuaces... *Kounitzine* está en lo cierto; debo recibirles en buena forma, para que comprendan que no pueden abusar de mi paciencia indefinidamente. (Se coloca, emocionado, detrás de una butaca con la mano en el respaldo y en ademán altivo.)

ESCENA IV.

Entra *BURGMEYER*; *SIMKHA ROUVIMITCH* *RUFINO*, judío joven; se desliza detrás de él con timidez. Saludan de lejos silenciosamente á *MIROVITCH* y se colocan en segundo término. *TOLOKONNIKOFF*, con un libro en la mano, va derecho hacia *MIROVITCH* y le saluda con desenfado.

Tolokonnikoff (con despego). Ayer os dignásteis enviarnos vues-

tras observaciones acerca de la manera de construir nuestras obras.

Mirovitch (con igual frialdad). Sí, las envié y deseo que figuren en el acta para que el Consejo las aprecie.

Tolokonnikoff (inclinándose ligeramente y con sonrisa burlona). No puedo oponerme á ese deseo, pero he de hacerlos observar que en vuestros reparos se han deslizado muchas inexactitudes.

Mirovitch (con altivez). Si me hiciérais el favor de señalarme alguna.

Tolokonnikoff (sonriendo como antes y en tono afectado). Advertís que en las construcciones se han puesto clavos de madera donde debían ponerse de hierro. ¡Bien! Pero era preciso indicar en qué sitio y cuántas veces. Porque si algún imbécil de obrero embriagado lo ha hecho así por pereza, nada supone... (Alzando los hombros.)

Mirovitch. Perdonad, no ha sido una vez ni dos, sino que las hago constar por cientos, y observo que á la madera se le ha pintado de negro para que pareciera hierro á cierta distancia.

Tolokonnikoff (alzando más aún los hombros). Había que citar desde el primer caso al último.

Mirovitch. ¿Iba yo á trepar por los techos?

Tolokonnikoff (con energía). ¡Qué duda tiene!... Esto, vos mismo convenís en que ha de ocasionar persecuciones al contratista; en consecuencia es una cuestión de dinero y debían hacerse todos los reparos con minuciosidad... Mencionáis también que la capa de mampostería tiene la cuarta parte del espesor debido. A esto tengo la honra de oponer el

ACTO SEGUNDO.

Gabinete de la casa de *Mirovitch*.— Un escritorio cargado de libros y papeles.

ESCENA I.

MIROVITCH, joven, con la cabellera espesa como crines de león, barba corta y cuidada, figura inteligente y poética. Lleva levita gris y pantalón de cuadros.—*KOUNITZINE*, su amigo, otro joven de mucha estatura y muy hermoso, viste con más elegancia que buen gusto. El chaquet muy corto, el pantalón muy ajustado, la suela del calzado muy gruesa. Lleva afeitada la barba, sedoso el bigote y afiladas las guías.

Mirovitch (visiblemente enojado). ¿No te lo decía? Aquí se cometen pillerías inconcebibles con la mayor tranquilidad del mundo. Hace cuatro meses conocí al Sr. de *Burgmeyer* y á su familia; en su casa le visitaba casi á diario y no cesaba él de decirme, con todas las apariencias de la honradez, que yo admitiría sus trabajos, pues aunque tuvieran algunas faltas, serían estas de fácil enmienda. Hallábame, pues, muy tranquilo y sin imaginar que tropezaría con una cuestión tan

vergonzosa. Ha sido una verdadera contrariedad para mí.

Kounitzine (con tono de despego). ¿Por qué una contrariedad? La cosa no tiene importancia. Hazle soltar un poco más de dinero á *Burgmeyer* y ¡en paz!

Mirovitch. ¡Lléveles el diablo á él y á su dinero! ¡Valiente caso hago yo de su dinero! Pero lo más peregrino es que contaba con ganarme de la manera más grosera. El mismo día de la inspección vino *Burgmeyer* á buscarme precipitadamente en su carruaje; traía con él á su arquitecto, un chisgarabís, un maestrillo, hombre de una impertinencia inaudita... Nos vamos juntos y, al llegar á la primera construcción, se tropieza con que la mitad está cerrada y no puede verse; además, las ventanas cerradas también; en esto llegó la hora de almorzar y empezó á llover reciamente, por lo cual se hacía difícil inspeccionar los muros exteriores. Entre tanto el champagne y el cognac corrían en abundancia. En resumen, la inspección se llevó á cabo con la rapidez de

yo debía matarle por caridad, por limosna, ¡era una buena acción!

Y su acento era profundo, conmovía, turbaba. Su locura me invadía. Defendiéndome siempre con una mano cada vez más débil, le escuchaba, le aprobaba y me persuadía poco a poco de la verdad de sus razonamientos. Él, al sentir que me ablandaba en favor suyo, redoblaba las súplicas. Había caricias en su voz, súplicas irresistibles, engatusamientos de mujer.

—¿Quieres? ¿Verdad?—me preguntó por último al oído.

Y me puso en la mano el revolver.

El cañón del arma se volvió hacia su boca. Yo estaba azorado. Lanzó él un grito menudo de niño. Cerré los ojos al apretar el gatillo y le salté la tapa de los sesos.

JUAN RICHEPIN.

¡ANARQUISTAS!



SEÑOR fiscal de S. M.: con todo género de respetos legales, denunciarnos a V. E. un grupo de anarquistas que pone en peligro inminente de derrumbarse al edificio social.

Ese grupo de anarquistas es el Gobierno conservador.

Ese Gobierno, al tolerar el procedimiento seguido para conocer y castigar el crimen de Sampau, ha conculcado, ha escarnecido, ha faltado a leyes juradas y promulgadas en Cortes, ha dado de puñaladas a la justicia, ha cometido un atentado contra el Código, ha incurrido en un grave delito que no puede calificarse de delito contra las personas, sino de delito contra la ley, contra la humanidad y contra el derecho.

No somos nosotros quien lo dice; lo dice un perió-

dico monárquico en sus últimos números: *El Correo*, lo repite *El Tiempo*, y lo comenta, aunque con sus acostumbradas timideces, toda la prensa que no ha renegado de la libertad.

El Correo, recordando su abolengo, sus tradiciones y su historia, ha vuelto valientemente por los fueros de la ley y del derecho, y se ha mostrado sereno, razonador y humanitario, en estos momentos en que el pánico contagioso del Gobierno, había puesto en peligro de muerte los Códigos fundamentales del Estado, salvaguardia de las libertades públicas.

Dice *El Correo*: «... no se sirve a los intereses conservadores violentando el sentido de las leyes y apelando por todo recurso al socorrido tema del *salus populi*.»

«Este es un remedio extremo, demagógico y revolucionario; el más opuesto al régimen de una sociedad bien constituida.»

Ha sido preciso que un periódico monárquico dé la voz de alarma para que no se cometa una gran iniquidad. A Sampau no se le puede aplicar la ley del anarquismo porque en la comisión de su delito no ha hecho uso de substancias explosivas; Sampau no debe ser juzgado por los tribunales militares, porque el teniente Portas, ni vestía el uniforme de la Guardia civil, ni desempeñaba funciones propias de este Instituto.

Esto es ahora evidente, y la voz de *El Correo* es la voz de la razón, que habrá de prevalecer ó se demostrará que en España se ha perdido la noción y concepto de la justicia y el respeto a las leyes.

Sin el pavor de que se halla poseído el Gobierno, el delito de Sampau sería uno de tantos delitos vulgares, uno de los que se cometen a diario sin que la sociedad se crea en el caso de emplear medios extremos de defensa.

El proceder del Gobierno nos autoriza a pensar que sólo se trata de la justificación de medidas reaccionarias, imposibles en épocas normales.

Valiéndose de la ley «contra el anarquismo, quiere el Gobierno concluir con la prensa radical; poseer un

medio cómodo para librarse de los republicanos y socialistas que extremen la oposición; poder en caso de necesidad y con ayuda de la policía, fecunda en inventar atentados de comedia, suspender las garantías constitucionales allí donde conviniese. El anarquismo es un comodín que utiliza el Gabinete Azcárraga para prolongar su vida y dar satisfacción a sus instintos reaccionarios.

Y nada más anárquico que el desconcierto en el Gobierno; nada más anárquico que se convierta la prudencia en miedo, la justicia en venganza, la ley en capricho.

Cuando esto sucede, la vida social se hace imposible, y los pueblos no hallan remedio sino en la revolución.

¡Sí, señor fiscal! el Gobierno que preside el general Azcárraga es un Gobierno anárquico, demagógico, que atropella las leyes y violenta la justicia.

Y es mucho más digno de castigo el gobernante que deja sin el amparo de la ley a todo un pueblo, que el asesino que quita la vida a varios individuos.

La espada de la justicia, cuando no la dirige el Código, se convierte en cuchilla criminal.

¿De qué nos sirve la Constitución, si no se cumple? ¿De qué la libertad de imprenta, si basta para anularla la circular de un fiscal?

¿De qué la justicia ordinaria y el Jurado, si hace tiempo no funcionan en España otros tribunales que los Consejos de Guerra?

Si para defendernos de los atentados anarquistas necesitamos renegar de la civilización; si para librarnos de las brutalidades de unos cuantos fanáticos, hemos de retroceder al más feroz salvajismo, habremos de convenir en que es peor el remedio que la enfermedad.

El gobierno que se llama defensor del orden, con sus bárbaros procedimientos de gobierno, ha sembrado la intranquilidad y la desconfianza en todos los hombres honrados que esperan ver volver los tiempos del imbécil Fernando VII y del odioso Escóquiz.

El atentado de Santa Agueda no ha sido bastante

un cañonazo. En seguida me preguntan esos señores cómo he encontrado sus obras. «No he podido formar opinión, les contesto, pues nada he visto.» «¡Pero, cómo!... Perdonad... El acta de la inspección está dispuesta... Vuestros colegas la han firmado sin escrúpulo.» Y, en efecto, me muestran el acta con la firma de mis compañeros.

Kounitzine. Sí... Así es... A tus colegas les compraron tiempo há, y, en cuanto a ti, se dice que han procurado tu benevolencia por la mediación de una mujer; que estás enamorado de la señora de Burgmeyer... ¡Linda persona!

Mirovitch (visiblemente confuso ante estas palabras.) Aunque estuviese enamorado, nada importaría.

Kounitzine. Es decir, que ella no tardará en humanizarse, que no te hará esperar mucho.

Mirovitch. ¡Qué tontería! Mides a todos por el mismo rasero. La señora de Burgmeyer es una mujer tan santa, tan honrada, tan moral, que no se prestaría a hacerme cometer una mala acción.

Kounitzine. «¡Una mujer tan santa, tan honrada!» Amigo mío, todas las mujeres son iguales.

Mirovitch. ¡Te ruego que suavices un poco tu cinismo!

Kounitzine. ¡Cómo mi cinismo... No digo más que la verdad... Pero veamos qué hiciste después.

Mirovitch. Al siguiente día volví con mi arquitecto, visité las obras minuciosamente y hé aquí el resultado de esta inspección. (Entregándole una hoja de papel escrita.)

Kounitzine (examinando el papel.) ¡Cuarenta y siete infracciones de la ley!

Mirovitch. ¡Cuarenta y siete justas!

Kounitzine. De suerte que no hay señora de Burgmeyer que valga.

Mirovitch. Así parece.

Kounitzine. Arrégloslos de la mejor manera, no los amenaces... En cuanto a mí, te diré que detesto a esos millonarios. No puedo encontrarles en la calle sin sentir el deseo de clavarles un puñal en la tripa, ¡tanto odio y tanta envidia me dan! Yo, es preciso que me zarandee, que hable todo el año por los codos para ganar una pequeñez; ellos se limitan a echar una firma a un contrato, y centenas de millares de rublos se les entran por los bolsillos.

Mirovitch. ¿De qué te quejas? Tu profesión de abogado es también muy lucrativa.

Kounitzine. ¡Bah!... ¡No da más que unos míseros *kopeks*! ¡Compárala con las empresas de ferrocarriles, por ejemplo! Si los embrolladores de estos negocios me dejaran nada más que lamer el pastel me quedaría en la lengua con 100.000 rublos. Y en mi profesión ¿qué gano?... Además, el oficio me carga. ¡Siempre las mismas simplezas! «¡Señores jueces, señores jurados, escuchad la voz de vuestra conciencia!» Y, entre tanto, el abogado dice para sus adentros: «¡Dios haga que este cliente me pague un poco mejor y con más exactitud!» El cliente suele ser un bribón; apenas le hacemos ganar el asunto, se nos escapa con la rapidez de una flecha, y hay que hacer diabluras para encontrar otro. ¡Maldito oficio! Así, amigo mío, ahora me dedico a otra cosa. ¿Ves como voy vestido? ¿Me juzgas presentable?

Mirovitch. ¡Ya lo creo!

Kounitzine. Me he procurado mis galas mediante 1.500 rublos y me dedico a frecuentar bailes y reuniones. Quiero casarme con la hija de cualquier comerciante. Si esto no sale bien, siempre me quedará alguna gordinflona apasionada... y rica a quien consolar.

Mirovitch. ¡Qué manía tienes, Kounitzine, de atribuirte picardías que no eres capaz de cometer!

Kounitzine. ¿Por qué no? ¡Vaya si las cometeré! En estos tiempos, amigo mío, la vida ya no es posible sino para los que explotan el bolsillo ajeno y cierran el suyo. No veo a mi alrededor sino desarrapados y pobres diablos; mientras que, viviendo entre rosas, al menos se me pegará el perfume. Si, a pesar de darme a los bailes, no llego a encontrar mujer, entraré como cajero en una casa de banca, me apoderaré de un millón, lo llevaré conmigo a América y ¡que nos busquen por allá!

Mirovitch. Pero, ¿cuál es esa felicidad tan grande que ves en el dinero? ¡Hay tantas cosas que por dinero no se adquieren!

Kounitzine (parándose ante su amigo y con los brazos en jarras). ¿Qué es lo que no se adquiere por dinero?... En nuestro siglo, siglo del vapor, de los ferrocarriles, de la electricidad, ¡quisiera yo saber cuál es el bien que el dinero no proporcione!

Mirovitch. ¡Aunque sólo fuera el amor de una mujer... es decir, el amor de veras, sincero!... ¡El talento, la gloria!

Kounitzine. ¿Que no se vende el amor?... ¡Bah! Yo compraré una mujer, cualquiera, la más encantadora, y será toda fuego, toda llamas, toda pasión para mí!... ¡La

gloria! La gloria, amigo mío, ha pasado ya de los héroes a los traficantes... El mismo Burgmeyer fué aclamado poco há en la reunión de sus accionistas como no lo fué jamás ningún rey... En cuanto al talento, si por él entiendes tocar el piano como tú ó escribir versos como nuestro común amigo el imbécil de Mouramtzeff, renunció a ese talento.

ESCENA II.

Entra un criado, que entrega a MIROVITCH tres tarjetas.

Mirovitch (leyéndolas). ¿Qué es esto? Simkha Rouvimitch Rufino, comerciante de Moscou, primera *ghilda*.

Kounitzine. ¡Será un pícaro!

Mirovitch (continuando). Ismael Constantinovitch Tolokonnikoff, arquitecto.

Kounitzine. Le conozco. Le han abofeteado por una de sus pillerías, pero vuelve a empezar por lo visto.

Mirovitch (echando a la mesa las tarjetas). Y... ¡Burgmeyer!

Kounitzine (con entusiasmo). ¡Viene a verte! En hablando del rey de Roma...

Mirovitch (con ira). Ha venido ya cinco veces él solo; ahora trae su corte. Tengo curiosidad de saber qué pretenden.

Kounitzine. Y vas a saberlo ahora mismo. (Coge el sombrero.) Me marchó. Recíbelos y trata bien a esos canallas, sobre todo a ese judío de Simkha Rouvimitch, que debe ser un bribón de primer orden. En cuanto a Burgmeyer, ya sabes, si te ofrece cincuenta ó sesenta mil rublos ¡es bastantel! ¡ponle buena cara!

motivo para que la corte se mueva de San Sebastián, ni para que se efectúe un cambio de gobierno. ¡No faltaba más sino que la familia real dejase de tomar baños y los ministros abandonasen sus poltronas por unos tiros de revólver!

¡No faltaba más, decimos también nosotros, sino que los tiros disparados por Sampau den ocasión para que se falte á la ley, mucho más respetable que los baños y las poltronas!

¡Sí, señor fiscal; nosotros los sospechosos, las víctimas futuras de los cabildeos entre ministros y gobernadores; nosotros los defensores de ideales que no entienden los que mandan, pues son sobrado imbéciles para diferenciar el socialismo, que la ley ampara, del anarquismo, que la ley persigue, nosotros le conminamos á que cumpla con los deberes de su ministerio.

Señor fiscal: ¡respétese la ley!; ella es nuestro vestido, nuestra casa, nuestra patria; ella nos cobija, nos defiende, nos ampara contra los instintos de los malhechores; ella es la zona neutral en este campo de batalla, en que se lucha por la vida y por el triunfo de la idea.

¡La ley, señor fiscal, la ley; el pararrayos maravilloso que á través de cien siglos se ha creado la Humanidad contra los no adaptados, contra los nocivos, contra los insociables; la ley ha de cumplirse, y V. E. es el encargado de cumplirla!

¡Sí, señor fiscal, los verdaderos anarquistas, los enemigos del orden social, están en los Ministerios. Aplíquese V. E. la ley contra los anarquistas. Extráñelos.

Aunque, bien mirado, ¿qué mayor *extrañeza* que la que produce ver á esos sacristanes de ministros de la Corona y de representantes de un partido?

R.

FERNANDO DÍAZ DE MENDOZA.

ANTES de empezar la temporada anterior discutían los concejales si podría considerarse como primer actor del Teatro Español á Díaz de Mendoza; como el movimiento se demuestra andando, Díaz de Mendoza se encargó de demostrar á los honorables ediles, más prácticos en abastecimientos materiales que en consumos artísticos, que por ahora puede ocupar por derecho propio, y no por ordenanzas munici-

pales, el puesto de primer actor. Hoy todos convienen en que cualquier otro que le acompañe y comparta con él el trabajo artístico, será *otro primer actor* á su lado, no el primer actor único del Teatro Español.

Díaz de Mendoza es el mejor intérprete actual del teatro antiguo, y en obras de tan distinto género y de tantas dificultades como *María del Carmen*, *Tierra baja*, *La calumnia por castigo*, etc., ha conseguido triunfos indiscutibles.

ALGUNAS REGLAS DE SOCIOLOGÍA POSITIVA.

(CONCLUSIÓN).

Toda la producción agrícola é industrial, el comercio y cuantas artes desde las más modestas á las liberales sin excepción «tienen por condición de origen la sanidad del individuo» orgánicamente apto para el trabajo. Conservar el equilibrio corporal del ciudadano es la primera de las funciones sociales que el Estado ha de cumplir dirigiendo científicamente la actividad racional de los pueblos para que las energías de la mente se aprovechen con el menor esfuerzo posible y la oportunidad precisa de lugar y tiempo necesarios.

Allí donde el Estado preve, auxilia, asegura la vitalidad del obrero inteligente, laborioso y honrado, el progreso se realiza directamente porque la libertad individual no entra en conflicto de oposición con la seguridad pública, sobreponiéndose la realidad del vivir á todos los convencionalismos de escuela, secta, partido, sistemas gubernamentales y administrativos.

Ahora bien, el organismo político, á medida que es considerado menos en abstracto y se le juzga más concretamente biológico por los sociólogos estadistas, resulta tan objetiva la Economía, como un capítulo primordial de la Higiene privada y pública.

Los modernos antropólogos afirman que no hay teoría económica política que no sea aplicación pura y perfecta de las leyes vitales experimentalmente demostradas por la Higiología y la Patología sociales.

Las naciones son agrupación de familias y estas sumas de individuos. No es «atrevimiento teórico» comparar el ciudadano á una célula viviente «sino hecho práctico» muy real y positivo así en lo material como el racional del poder vivir los seres humanos en sociedad diferenciable del gregarismo de los animales y de la comunidad de los salvajes.

El Estado que no antepone y sobrepone los medios preventivos á los represivos, es imperfecto y nocivo, por omisión de lo necesario y oposición á lo conveniente para la enérgica vitalidad del productor, éste tanto más útil cuanto menos contrariado por corrientes desacertadas que á título de conservadoras destruyen las fuerzas racionales.

No puede ser el Estado un perpetuo tutor del ciudadano, porque ya éste es mayor de edad, y de poco sirve querer de derecho tutelas teóricas, cuando de hecho la emancipación racional del hombre va de la economía á la política, de la práctica á la teoría, del experimentalismo al dogmatismo, ó en síntesis de lo crítico á lo tradicional. Así la libertad para poder vivir no depende ya tanto de las leyes positivas como de las costumbres racionales. De poco provecho son los derechos individuales allí donde el ciudadano no puede subsistir por falta de trabajo remunerado que le permita atender á su mantenimiento y al de su familia.

La llamada revolución poética de las ideas ha sido anterior á la evolución económica de las garantías necesarias para poder vivir la familia en sociedad sin enfermedades hijas del desvalimiento y la miseria. El mayor impulso que agita y desespera al actual proletariado es seguramente de carácter material, objetivo, porque el supremo anhelo es poder vivir los más en condiciones de salud y prosperidad naturales, sin que el Estado tenga preferencias por los menos, ó

sea completando la libertad con la igualdad y exigiendo armonía de derechos y deberes á todos los que viven por y para la civilización.

La justicia y la equidad en lo económico y político sintetizan ó encarnan toda la estática y dinámica sociales de los pueblos presentes que estiman más los hechos que las palabras, y ello con los datos demográficos de la Biología social, seguros y detallados, no quieren la tiranía del Estado absorbente ó absolutista, sino por el contrario la constitucionalidad del gobierno racional, producto del saber concreto que la Antropología muestra á cuantos quieren conocerla para interpretar-la y hacerla efectiva del individuo á la colectividad.

Por esto la crítica moderna resulta en general transformadora cuando no es positivamente revolucionaria en artes y ciencia sociológicas.

* * *

La libertad es una condicionalidad al bien público y al bienestar privado; llamar libertad á lo que conduce al mal ó al desorden es confundirla maliciosamente con el libertinaje.

Los privilegios, las excepciones y los monopolios, destruyen, porque descomponen la unidad social, creando profundos odios y antagonismos; ilógicos cuando no completamente arbitrarios, incompatibles con el progreso que gradúa los deberes por los derechos sin mengua del sentido moral, pues el hombre civilizado ha de ser juzgado por su conducta antes que por su nacimiento, profesión ó cargo especiales.

Las pasiones contrarias á la moralidad pueden poner en peligro el orden social como fomento de perniciosas costumbres ó malos hábitos, haciendo que el hombre y la mujer retrograden por virtud de una antiquísima serie de vicios contra-naturales, hacia la más repugnante bestialidad.

La degeneración corpórea y racional de los seres empeñados en prescindir de los nuevos ideales sociológicos, es positivo retroceso al estado bárbaro por falta de energías conservadoras ó mala dirección de los instintos y sentimientos.

Más que las enfermedades del cuerpo, retardan las de la mente la civilización, convirtiendo al ser racional en víctima del egoísmo hipócrita ó procaz, de suerte que el sórdido interés rompa todos los lazos ó vínculos de la sangre, ó impida los beneficios de la solidaridad y convierta la vida colectiva en semillero de miserias, pequeñeces, iniquidades, que conducen á delinquir, ó á monstruosidades morales, sólo propias de salvajes desnaturalizados y crueles.

La sociedad civilizada vive en lucha perpetua con sus temibles enemigos la usura, el juego, la crápula, la prostitución, á la vez causa y efecto de la inmoralidad, como sutil veneno que se transmite y propaga por herencia y se adquiere por contagio, en razón inversa de la educación y la instrucción, verdaderos antagonistas y antídotos al alcance de quien los adquiera por fuero de razón normal, que está siempre en guardia contra la intemperancia, la codicia, la seducción y el exceso morbífico é inmoral.

Gran número de estados mentales patológicos, compatibles con la posesión de todos los derechos civiles, obligan á proponer esta tesis: de si existe un progreso antisocial, que yendo de lo objetivo á lo subjetivo desequilibra cada día más la vida material y la existencia racional, porque los adelantos modernos coinciden con retrocesos de la antigüedad medioeval, romana, griega, egipcia y asiática.

Es absurdamente imposible que la mejora de las condiciones del organismo humano, ahora ni nunca, sea causa de la degradación y de la degeneración étnicas del ciudadano. El más infeliz de los actuales proletarios no es igual ni comparable al siervo, al esclavo, al ilota y al sudra, puesto que el medio social ha mejorado universalmente, por virtud de las leyes y costumbres que ennoblecen, si no de hecho, de derecho, á la personalidad humana en todas las naciones civilizadas.

Á la secular inmovilidad moral y política ha sucedido la reforma lenta y gradual de las costumbres y de las legislaciones, por no existir barrera alguna bastante á detener las innovaciones provechosas á la vida nacional, siendo de ello ejemplo completo la transformación europea del Japón, adelantado, y la de la China en vías de comienzo positivo.

El transformismo racional, ó cultura de la mente, comparado con el material mudar de la industria y el comercio, resulta el primero muchísimo menos veloz que el segundo, sin duda porque lo tradicional y lo nuevo en el pensar y sentir obran diferentemente sobre la voluntad; y al paso que el adelanto material se impone por sí solo, el mejoramiento racional es obra magna de los sabios, eruditos é inteligentes encargados de redimir al esclavo de la ignorancia y de la rutina, de la pereza y del indiferentismo.

Hay proporcionalidad, no equivalencia, entre las dos modalidades de la vida social; pero en modo alguno oposición ó, mucho menos, incompatibilidad. La cuestión social precisamente va cada día más á merced del impulso técnico científico que el análisis impone



para el consentimiento utilitario de las causas naturales convertidas en auxiliares potentísimas de la vitalidad humana.

Se trata en la actualidad de poder vivir las muchedumbres atendidas convenientemente por la tutela del poder público liberal y equitativo, sanitario y benéfico, pedagógico y previsor, que evite, más que castigue, y fie a la ilustración y no a la fuerza la difusión de los principios y de las verdades útiles al cuerpo y a la mente.

Asistimos a una grandiosa lucha empeñada desde los tiempos prehistóricos, entre la supersticiosa sensibilidad y la progresiva inteligencia ó conciencia intelectual (1), conmoviendo la voluntad ahora como nunca, sobre todo en sentido opuesto por ambas potenciales, y no es de extrañar la confusión en que nos hallamos al proponernos estudiar la Antropología jurídica y sociológica, en cuanto ésta tiene de inmediato y averiguado a la luz moderna de la economía política, como Biología analista del cosmos y del individuo.

La realidad ha sido siempre la verdad; pero hasta hoy no ha podido abrirse paso franco, porque amparaba una Sociología ficticia por el egoísmo y malas pasiones de los menos en detrimento de los más. El hombre no ha logrado aún tener conciencia de lo que es en el mundo material estando en conflicto permanente con sus inferiores y semejantes.

Hoy mismo parece a los partidarios de la fósil cuestión asaz debatida, la que se refiere al progreso, hijo legítimo de la libertad, y al poder de la ciencia hermanada con el arte, desembruteciendo al hombre, no para divinizarle, sino para hacerle amante de la asociación y digno de ejercitar el libre examen, cosa que le distingue de las bestias.

En último extremo el miedo ó temor, efecto de la ignorancia y la estupidez, parece ser el mayor móvil opuesto a la racionalidad progresiva de nuestra estirpe.

La Psicología fisiológica apenas empieza a ser cultivada por los sociólogos contemporáneos, como arte de gobierno y administración públicas.

SANTIAGO VALENTÍ CAMP.

COSAS.

Un error de caja, ha sido causa de que nuestros lectores crean que nuestro querido amigo y compañero Jurado de la Parra se ha separado de nosotros.

Decían las cuartillas originales: «Se ha encargado de la confección de GERMINAL el Sr. Jurado de la Parra», y apareció impreso: «Se ha separado de la redacción, etc.»

Afortunadamente no es así, GERMINAL se honra con contar entre sus redactores a José Jurado; como éste con ser redactor de GERMINAL.

Y salvado el error... A otra cosa.

Bismarck es un zorro viejo y ha olfateado en las afirmaciones de paz del Czar de Rusia y M. Faure, la pólvora de una próxima guerra.

(1) Giner y Calderón: *Resumen de Filosofía del Derecho*. Madrid, 1890.

El órgano panslavista de Moscu, *Moskouskaia Wedomosti*, que antes pedía el exterminio de los polacos, predica ahora el cariño fraternal del verdugo hacia las víctimas.

Es un síntoma de gravedad, porque demuestra que Rusia se prepara a la guerra y desea guardarse las espaldas de parte de los polacos que son la vanguardia de Austria que les promete restablecer el reino de los Inguelones como ha restablecido el reino de Hungría.

La conflagración europea sería la señal de la Revolución Internacional. Adelante, señores de la reacción, por todos los caminos se va a Roma.

La Asociación de Obreros Mineros de Alemania ha publicado la estadística social de los años 1885 hasta 1895.

Se han registrado durante esos diez años la enormidad de 31.679 accidentes y desgracias en el Imperio, ó sea 3.167 por año.

¿Y en España, dónde están las cifras estadísticas que debiera publicar el Gobierno?

Todos los días anuncian los periódicos desgracias en las minas y nadie se toma la molestia de pensar más sobre el asunto.

Un ingeniero inteligente en la materia ha dicho que ninguna mina se explotaría en España si los encargados de inspeccionarlas cumplieran su deber denunciando los defectos y exigiendo las medidas mandadas por la ley para evitar accidentes.

¿Habrá una voz en las Cortes ó en la prensa burguesa que proteste contra tamaña iniquidad?

Tejada Valdosa es un valiente comparado con Nicolás de Rusia.

Al marcharse éste de Petersburgo a Varsovia fueron cubiertos los 1.105 kilómetros por una doble fila de soldados, y en cada estación se habían apostado secciones de guardia civil.

¡A imitar al Czar de Rusia, señores Azcárraga y Fabié!

El Sr. Cadalso (¡apellido de actualidad!) publica en *El Tiempo* una serie de artículos bastante sensatos sobre *El anarquismo y la ley de represión*.

Coincide con todo el mundo de sentido común en que estas leyes son un cúmulo de absurdos jurídicos impracticables é ineficaces.

Dice el Sr. Cadalso que dicha represión ha resultado contraproducente por haber lanzado al hambre y a la desesperación centenares de desgraciados, cuya agitación en el extranjero desprestigia a España y engendra la atmósfera de donde salen los Angiolillo y los Sampau.

Conformes, Sr. Cadalso.

Castelar escribiendo la historia del siglo XIX:

«Cánovas en los días de su muerte se preparaba, por una intuición connatural a su genio, la inmortalidad. Y muriendo muy fijo en los principios conservadores,

para él inmutables, en la existencia y arraigo del trono histórico, en la supremacía del culto católico, en el respeto a las tradiciones antiguas, pensaba que todo esto no podía subsistir si no se aligaba con los derechos individuales, con el jurado popular, con el sufragio universal.»

¡Pues no lo habíamos sospechado!

¡Ni los electores socialistas de Bilbao tampoco!

Con su oportunidad característica da Eusebio Blasco una lección de psicología de España a Mr. Woodford, que esperamos aprovechará el misterioso diplomático de New-York.

Dice Blasco refiriéndose a las peripecias de la corrida de San Sebastián, a la cual asistió dicho señor:

«—¿Qué gente es ésta?—pensaría desde el palco donde le veíamos todos seguir los incidentes de la corrida. Momento hubo en que pudo apreciar en todo su interés lo que es una fiesta nacional. Cayó un picador de cabeza y la conmoción cerebral que recibió fue tal, que quedó como muerto, boca arriba, rígido, solo en los tercios de la plaza durante largo rato, porque la proximidad del toro no permitía acudir a levantarlo. El efecto moral fue el mismo que si el toro le hubiera matado. Por muerto le dimos todos. En aquel instante, me volví a observar la fisonomía del yankee y la de toda su familia. Estaba como si fuera presa de una alucinación. No era el caso para menos, porque el público también pasó por la emoción de tener un cadáver allí delante de diez mil personas.

—¡Qué gente es ésta!—insisto en suponer que diría. —¡Juegan con la muerte! ¡Para estos españoles el peligro es una diversión, la vida de quince ó veinte toreros y picadores es un espectáculo, como lo era para los romanos ver arrojar cristianos a los leones.

Sí, señor, así somos. Y por eso llegaremos hasta el sitio de Troya de ahora, como cuentan que decía don Antonio Cánovas cuando, en arranques de patriotismo, contestaba a los que le preguntaban si iría hasta el último extremo de la defensa.

Así somos. Nos educan desde niños viendo estas cosas, que son bárbaras, que son salvajes, que no se estilan en ninguna nación de Europa; pero que vienen, sin embargo, a ver y a admirar los países más civilizados.

¡Ah! ¡Ya lo sabía yo que la sorpresa sería grande, señor enviado del otro mundo! Por la noche se dijo que Woodford había pedido *cocido* y que sus hijas se pondrán la mantilla.»

La estocada es de mano maestra. Arrancando corto y con todos los tiempos del volapié marcados.

Según *El Imparcial*, es muy posible que el proceso de Sampau vuelva a Barcelona y se reponga al estado de sumario.

Está bien, pero nos parece que sin la protesta de la prensa, Ramón Sampau estaría bien agarrotado para estas fechas.

Es lo que dirán cuantas gentes deseen que la ley se cumpla: «Gracias al junco, que la voluntad de Azcárraga ya estaba vista.»

MADRID.—IMPRESA DE FORTANET, LIBERTAD, 29.

GERMINAL

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA
SE PUBLICA LOS VIERNES

Redacción y Administración: LIBERTAD, 29

JEFE DE REDACCIÓN: JOAQUÍN DICENTA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid....	{ Trimestre.....	2	pesetas.
	{ Año.....	7	—
Provincias..	{ Trimestre.....	2,50	—
	{ Año.....	9	—
Extranjero y Ultramar: Año.....		15	—
Número suelto.....		0,15	—
Idem atrasado.....		0,50	—

A los corresponsales y vendedores: mano de 25 ejemplares, 2,50 pesetas.

Anuncios a precios convencionales.

Pagos adelantados.

Toda la correspondencia al Administrador.

EL GRABADOR UNIVERSAL.

GRAN TALLER DE GRABADO

PARA

litografía, talla dulce y tipografía.

FOTOGRAFADO, FOTOTIPIA

Y SUS SIMILARES,

con maquinaria para la estampación de estos procedimientos.

DIRIGIDO POR

FÉLIX JAIME

VILLANUEVA, 20.—MADRID.